

FRANK LESLIE Illustration Americana

Entered according to Act of Congress, in the year 1866, by FRANK LESLIE, in the Clerk's Office in the District Court for the Southern District of New York.

Año 1º

NUEVA YORK, 14 DE NOVIEMBRE DE 1866.

Número 4.

Naufragio del "Evening Star."

Nos proponemos hoy dar á nuestros lectores una idea aproximada de la catástrofe que anuncian las palabras que encabezan este artículo. Y decimos aproximada, porque si bien la pintamos con el buril, como se verá por el grabado al frente de LA ILUSTRACION, y la describimos ahora brevemente, —no es dado á la pluma

ni al pincel hacer de ella el cuadro exacto de la espantosa realidad.

Segun cuenta uno de los pocos que se salvaron, el vapor *Evening Star*, su capitán Knapp, salió de Nueva York para Nueva Orleans el sábado 29 de setiembre á las tres y media de la tarde. Hacia un tiempo hermoso, reinaba la brisa y todo hacia esperar que iba a rendir un viaje rápido y feliz. A bordo la alegría y el

buen humor se pintaban en todos los semblantes: raras veces se habia comenzado un viaje bajo tan buenos auspicios. A la salida del puerto y cuando atravesábamos las *Narrows*, todos los pasajeros nos hallabamos en el puente, animados por la belleza del tiempo y un sentimiento de seguridad completa,—para dar el último adiós á las risueñas costas de Long Island y Nuevo Jersey, iluminadas por los do-

rados rayos del sol de la tarde. En el momento de salir á la mar abierta ya habia refrescado bastante la brisa, las aguas se encrespaban y empezó á balancearse el buque; pero al día siguiente, domingo, abatió mucho el viento y se serenó la mar. Con tiempo magnífico, doblamos el temido cabo Hatteras el día 1º de octubre; pero el martes 2 desde el amanecer empezó á soplar un viento fuerte del



ESPANTOSA CALAMIDAD.—EL VAPOR "EVENING STAR," DE LA LÍNEA DE NUEVA YORK Y NUEVA ORLEANS, SE VA POR OJO EN LA MAÑANA DEL 3 DE OCTUBRE, CON CASI TODOS SUS PASAJEROS Y TRIPULANTES Á BORDO.

Este cuarta al Sur, con mar gruesa; hacia la tarde se declaró la tempestad y no tardó en tomar las proporciones de un huracán deshecho. A la media noche la mar quería tragarse el buque, el cual se balanceaba en ella como una troza. A cada paso la situación se volvía mas amenazante; olas tremendas, olas tras olas reventaban en el puente, hasta que desclavaron los tambores de las ruedas. Entonces el agua entraba á torrentes, la inquietud se apoderó del ánimo de todos, y las mujeres especialmente importunaban con apremiantes preguntas á los oficiales á bordo, quienes aunque en vano se esforzaban por calmar sus temores.

Arrebatada el viento siempre: la mar se alborotaba cada vez mas: las nubes, condensadas en una masa compacta, envolvían el buque en su seno: las tinieblas de la noche eran tan espesas que no se veía uno ni las manos: los oficiales, la tripulación, todos estaban en pié y preparados evidentemente para un lance decisivo: por fin, el terror llegó á su colmo cuando dispuso el capitán que se encerrara á las mujeres en la cámara. Iba á librarse una feroz batalla y los elementos habían declarado el buque en estado de sitio. Nos hallábamos á 280 millas al noroeste del arrecife Mataniha y unas 180 de la tierra firme.

Hacia las tres de la madrugada la tempestad se había desencadenado con inaudita violencia; y por entonces se salió de sus garruchas del lado de estribor la cadena del timón, que dejó de funcionar y el buque perdió el gobierno. De luego á luego el agua á torrentes entraba por todas partes, barria la cubierta y amenazaba tragarse el vapor. Su fuerza no tardó en arrebatarse las tablas que guarnecían la máquina é inundar las hornillas, y apagó el fuego. Se encendió entonces la máquina de repuesto, pero apenas se hizo vapor, porque á poco le sucedió como á la primera. En una palabra, hacia las cuatro de la mañana del 3 de octubre, el *Evening Star*, sin ruedas, sin timón, mástiles, vapor, brújula, ni nada que le guiase en aquella espantosa noche, se hizo el juguete del mas terrible huracán que jamás se ha visto desencadenarse en esos parajes.

Desde aquel punto todo se dió por perdido. Eran las cinco de la mañana, cuando el capitán declaró á los pasajeros que todo lo que le es dado hacer al poder humano, estaba hecho, que las bombas no funcionaban, y que el único resqueño de esperanza que quedaba, era que todos se pusiesen á la obra, no de impedir que el buque se fuese por ojo, porque ya esto era imposible, sino de demorar por algunos instantes mas la inevitable catástrofe. Desaparecieron en aquel punto la edad y el sexo: hombres, mujeres, niños, todos, armados del valor de la desesperación, de la fuerza que comunica el instinto supremo de la propia conservación, se pusieron á la obra imposible de achicar el agua que por minutos llenaba la bodega, subía á los entrepuentes, arrebatada cuanto se oponía á su paso, rugía dentro como fuera, aluvión irresistible que anulaba los esfuerzos hercúleos y uno tras otro arrebatada de su puesto á los trabajadores.

Dió orden entre tanto el capitán de desenganchar los botes y echarlos al agua; pero fué imposible mantenerlos á flote, porque al caer los arrebataban las olas enfurecidas, y los estrellaban contra el costado y la cubierta. Sin embargo todo el mundo se precipitó á ellos ó sus restos cual locos furiosos, agarrándose de la manera que podían á fin de impedir que las aguas los lanzasen fuera. En este punto la confusión tocó á su colmo: cada cual no se ocupaba sino de sí mismo y los gritos de los miserables naufragos se perdían en los mugidos de la tempestad. Por instantes el buque se iba á pique. Las mujeres se despojaban de sus ropas y sin escuchar mas que á su terror, se lanzaban despavoridas en las montañas de espuma que se formaban en los costados del barco. Por una hora larga duró esta lucha suprema. A las seis, en fin, parece que todo el océano formado en una ola única, se elevó á los cielos y cuan grande era dió medio á medio del buque y le hundió por la proa. Todo estaba con cluido, y del *Evening Star* ya no quedaron sobre las furiosas aguas mas que los pecios é infinidad de cabezas humanas luchando en las agónias de la muerte en torno del remolino.

Imposible es pintar con sus verdaderos colores la escena que se siguió á esta gran catástrofe. Los botes esparcidos aquí y allá, ora vacíos, ora volcados, ora rotos; pedazos de tablas, barriles, mástiles, velas, maderos gruesos, hombres, mujeres, niños, todo flotando, empujándose, chocando unos contra otros, gritos, exclamaciones, voces, á la merced del viento y de la mar, que formaban un solo mugido y semejava el trueno de cien cañones disparados á un tiempo.

Para terminar esta despedazante relación, de las 280 almas que había á bordo del *Evening Star*, solamente se salvaron, que se sepa, 241, todos hombres, ninguna mujer, cuyo número igualaba si no excedía al de aquellos: porque los pasajeros lo componían en su mayor parte, una compañía de ópera y otra de un circo, de origen francés casi todos. El capitán murió de un golpe que recibió en la cabeza una de las

veces que zozobró el bote en que se salvaron sus compañeros. Allí pereció también una joven francesa, á quien faltaron las fuerzas para entrar en el bote. Dos otras jóvenes, Annie, de Rhode Island y Rosa Howard de Nueva York, locas de la desesperación, el hambre, ó el terror, cuando todas sus compañeras de naufragio habían perecido, á la vista de la ribera, se cayeron ó se echaron al agua, y la una fue devorada por los tiburones, la otra desapareció bajo las revueltas aguas; lo cierto es, que el hombre que las acompañaba, medio muerto alcanzó la tierra.

La historia de esta calamidad pública, lo repetimos, no hay pluma que la describa, ni pincel que la pinte.

Cantares.

En el fondo de mi pecho
oculto una aguda pena,
como un lago en su hondo lecho
el reptil que lo envenena.

Entre esperar y temer,
entre reír y llorar,
todos vamos á parar
al Océano del *no ser*.

Cuando quieras que te crea
jamás invoques á Dios;
no jures por él, no sea
te condenemos los dos.

Sé de una tierna canción
que cuando la oigo cantar,
parece que va á estallar
en mi pecho el corazón.

De Tántalo los suplicios
siempre escuché encarecer...
Yo tengo el agua en los labios
y no la puedo beber.

Las horas van pasando,
mas al pasar,
mezcladas van dejando
dicha y pesar.
¡Suerte cruel!
á tí el almibar dejan
y á mí la hiel!

¿Desde cuna á sepultura
qué es al cabo la existencia
sino una eterna dolencia
de que la muerte nos cura?

Felicidad, gloria, amor!
Todo es falso y pasajero.
Tú solo eres verdadero,
tú solo eterno—¡dolor!

A donde quiera que voy
llevo un áspid en mi alma,
que cuando me siento en calma
me muerde y dice: *aquí estoy!*

Cuando un beso por respuesta
á mi amarga queja das,
digo para mí: ¡quizas
de Judas la historia es esta!

1866.

F. SELLEN.

JULIA

0 ESCENAS DE LA VIDA EN LIMA.

ROMANCE POR BENJAMIN LUIS CISNEROS.

(Continuacion.)

IV.

AL cabo de dos meses era yo el amigo mas íntimo de la casa. Entraba en ella á cualquier instante, y mi presencia era un motivo de alegría para toda la familia. Desde el austero don Antonio hasta el último criado tenían por mí cierta deferencia que yo trataba de retribuir con demostraciones de sincero afecto. Pasaba allí todas las horas que me permitían mis labores en largas conversaciones, ora serias, ora alegres, pero siempre dulces y siempre cortas para mí. Tomaba el té todas las noches al lado de Julia, y me retiraba satisfecho.

Cuando había dejado de ir un día entero y llegaba al siguiente, me aguardaba una serie de reconveniones, hechas con un acento de apasionada amistad. Pepa era quien mas había llegado á concebir par mí esta especie de sentimiento con toda la sinceridad que da la mutua simpatía de dos almas jóvenes, pero al mismo tiempo, con toda la inocencia que presta el candor y las reservas que impone esa misma juventud. Era ella también quien se afanaba mas en dirigirme esas reconveniones en un tono de burla que me encantaba. Daba yo mis disculpas, y al fin se me perdonaba sonriendo.

En cuanto á don Antonio, no era cariño lo que llegué á inspirarle: era una adoración mezclada á cierto respeto.

Sucedía en Lima que, cuando hay en una familia dos ó tres muchachas casaderas, se encuentra siempre entre ellas una que se distingue por su inteligencia despejada, por su mirada maliciosa y por su espiritualidad epigramática. Con una frase equivoca siempre en los labios y un alma siempre dispuesta por la risa, busca de qué burlarse, y esparce la alegría por todos los ámbitos de la casa. Al través de la viveza de espíritu que constituye el carácter de la limeña, reconócese en ella una sensibilidad delicada, tierna y exquisita. Reune á una habilidad versátil y superficial una penetración profunda para las cosas serias. Dotada de una perspicacia íntima y delicada, parece á veces que poseyera la facultad de adivinar. Se entristece al oír contar una historia desgraciada, gusta de los libros y llora al leer una novela. A ella están regularmente encomendados los

arreglos económicos y los pequeños cuidados domésticos. Esta es, si se me permite una expresión familiar, la *viva* de la casa.

Difícil, muy difícil es que estos caracteres lleguen á concebir un amor verdadero, pero cuando aman, aman con cierta efusión de ternura infinita que toca en el delirio.

Al lado de ese tipo se encuentra siempre otro en quien la sonrisa de malicia se ha trocado por una sonrisa de abandono y de inocencia. Nótese en la dejadez de sus modales cierta pereza de espíritu y de cuerpo que algunas veces se traduce por romanticismo. Vive secretamente envanecida de su hermosura, y se preocupa mas de su belleza que de las interioridades de la casa. Ama la lectura, pero tiene la seguridad de que no es necesaria para encontrar adoradores por todas partes, y no la cultiva por negligencia natural. Es regularmente la menos querida de las hijas. Habla poco, oye conversar en silencio con un aire de admiración, y pide la explicación de la cosa mas sencilla. No por eso se halla desheredada de la intensidad de comprensión ni de esos momentos de maravillosa lucidez que distinguen á la limeña. Posee una alma virginal y un corazón de niño. Es la *cándida* de la familia. Cuando esta bella criatura ha nacido en una humilde esfera, y vive en la pobreza, la seducción vela á su lado y casi siempre acaba por arrancarla una noche del techo de sus padres. Sin dejar de ser bella, Pepa era en la familia R... el tipo de la viveza, y Julia el de la candidez.

Tengo para mí que no debemos exigir á nuestra sociedad mujeres de talento ni de ilustración. Un joven debe buscar, después de un verdadero amor, una alma casta y un corazón sano que guarde intacta la virginidad del sentimiento, y que haya recibido en el hogar de la familia la enseñanza de la virtud.

Por mi parte confieso que, á pesar de sus defectos, profeso cierta adoración por ese ángel de hermosura, de abandono y de inocencia de que acabo de hablar. Esa ignorancia absoluta de las cosas de la vida, ese olvido aparente de sí misma, esa indolente dejadez en su actitud y cierto aire de resignación que se refleja en su semblante, me atraen donde quiera que lo encuentro. Hay en mi alma una simpatía desconocida para ese tipo de sencillez y voluptuosidad que me encanta y me fascina.

Ya lo habrás previsto. Mi amor por Julia creció cada día mas hasta que se convirtió en un delirio continuo. No pensaba mas que en verla, contemplarla y adorarla. Todo lo hacía por ella y para ella. Arreglaba mis labores todos los días precipitadamente para tener mas horas de libertad que pasar á su lado. Había formado una religión de mi amor y una plegaria de su nombre. Cuando practicaba en mi profesión una acción noble, cuando hacía un bien, cuando daba á un mendigo una limosna, la imagen de Julia me venía involuntariamente á la memoria y me sentía mas digno de ella. La conciencia del bien se confundía en mí con el sentimiento divino que esa mujer me inspiraba. Cuanto le pertenecía, cuanto amaba, cuanto venía de ella, cuanto había tocado con sus manos, estaba perfumado, embellecido, purificado para mí. Me hallaba en un estado de fiebre perpetua, fiebre del corazón que alimentaba ó devoraba mi vida según el número de miradas que Julia me había dirigido, ó el tono en que me había hablado la noche anterior. Si ese estado de mi alma se hubiera prolongado quince días mas, habría enloquecido sin duda.

En cuanto al modo como Julia aceptaba mi pasión, no me creía desgraciado. Sentía por mí un amor verdadero, aunque no tan ardiente é impetuoso como yo habría querido. Recibía de ella cuantas pruebas de distinción pueden exigirse de una joven de nuestra sociedad, cuando la castidad y la ternura entran en el amor que nos inspira. Le había escrito algunas cartas que ella había contestado con esos mal dibujados renglones de la ignorancia que tiene su encanto para el alma enamorada, porque además de la sencillez de la expresión y del cariño que revelan, prueban siempre el sacrificio que se hace al escribirlos. El candor que respiraban sus cartas y el trato frecuente me hicieron conocer los sentimientos puros y virginales de su alma, y llegué á concebir que, desposándose Julia con el hombre á quien amara, haría de su casa, sin saberlo ella misma, un santuario de paz para su esposo, de adoración para ella, y de virtud para todos.

A veces creía que el amor que la inspiraba nacia de un sentimiento de vanidad por la predilección con que me distinguía el círculo de su familia y de sus amigos. No era ese el amor que yo deseaba, y esta idea me sumergía en largos momentos de amarga duda. Pero cuando al atravesar á la tarde siguiente la puerta de su casa, lo primero que divisaba era la figura deslumbrante de Julia, que reclinada en el antepecho del corredor me esperaba impaciente, mi corazón se dilataba, y todas las dudas de mi alma desaparecían al sentir que su mano delicada estrechaba la mía con cierto aire de inteligencia. La irradiación de una sonrisa que dibujaban sus labios bajaba entonces hasta el fondo de mi alma. Yo llamaba á esa sonrisa el iris de mi cielo, porque ella era como el símbolo misterioso de que acababan de calmarse todas las tempestades de mi espíritu.

Un día medité en mi madre, en mi posición, en mi porvenir, en mi fortuna, en cuanto puede meditar un hombre antes de decidir de su destino; tomé una resolución definitiva y determiné casarme con Julia.

Bajé de mi cuarto, atravesé lleno de temores el patio de casa y entré donde mi madre. Hacía tiempo que la infeliz se había apercibido de mi inquietud, de mis insomnios y de mi constante melancolía; de un momento á otro esperaba, como yo mismo, una violenta decadencia en mi salud. Poseo una de esas naturalezas en que las grandes emociones gastan no solo el alma sino también el cuerpo. Discurremos juntos largo tiempo, meditamos en su aislamiento, convenimos en la necesidad de sistematizar mi vida, calculamos nuestros medios de fortuna y previmos los menores incidentes.

Fué esa una conversacion dulce, tranquila y amorosa que Dios escuchó sin duda como el himno mas santo que puede levantarse hasta él desde el hogar de la familia.

La pobre anciana me abrazó llorando, accedió á mis súplicas y consintió en todo.

De los brazos de mi madre salí á casa de Julia. Llamé á un lado á D. Antonio para hablarle á solas y comunicarle mi propósito. El pobre viejo quiso aparentarme una serenidad imperturbable, pero la alegría le traicionaba, revelándose en sus frases y en su rostro. Pocos momentos después compareció Julia ante los dos.

Cuando con los ojos bajos y humedecidos por una lágrima de júbilo suspendida sobre una sonrisa involuntaria, ingenua y virginal como la de un niño, pronunciaron sus labios la palabra de vida para mí; cuando ratificó ante su padre lo que en sus cartas me había dicho, declarando que me amaba y que abrigaba la firme voluntad de casarse conmigo, poseído de no sé qué vértigo que debe producir sin duda lo infinito de la felicidad, hubiera querido arrodillarme á sus pies, besar el sitio que pisaba y, estrechándola á mi corazón, absorberla en mí mismo con una caricia suprema!

Nos comprometimos á guardar, cada uno por su parte, ese secreto de precaución, casi indispensable, que debe preceder siempre á todo matrimonio. Mi situación económica no era muy desahogada; necesitaba hacer algunos arreglos pecuniarios. Puse seis meses de plazo y convenimos en que, una vez casados, Julia iría á vivir al lado de mi madre.

Cuando atravesé el dintel de la puerta, me sentí mejor. Me pareció que había levantado un gran peso de mi corazón y el horizonte de la ciudad se me presentó mas dilatado. Amaba á cuantas personas veía y el sentimiento de la dicha me ahogaba. Durante todo el camino me recordé incansablemente á mí mismo esta sola idea:—"Julia es mía;" y como si el pensamiento fuese una especie de palabra viva, trataba de decírmelo lo mas bajo posible á fin de que no oyeran los que pasaban junto á mí. Cuando llegué á casa, mi madre lloraba aun. Eran lágrimas de ternura, no de dolor. Volví á echarme en sus brazos y lloré con ella.

Desde ese día, mi amistad, ó mejor dicho, mi vida en casa de D. Antonio fué mas íntima, mas cordial y mas franca. Yo mismo creía á ratos que formaba ya parte de la familia.

Como sucede siempre por muchas precauciones que se tomen, el secreto fué burlado. A los ocho días, los amigos á quienes encontraba en mi camino me saludaban sonriendo. El nombre de Julia venía pronto á mezclarse á otra sonrisa, acompañada de una chanza mas ó menos aceptable. Los amigos... los amigos se interesan tanto por el destino de uno!

V.

Al terminar la parte risueña de esta historia, prosiguió Andrés, tengo que hablarte de un personaje que representa uno de los principales papeles en lo que tiene de dramática. Es un tipo algo comun entre nosotros y uno de los caracteres mas prominentes de nuestra sociedad.

Tú recordarás aún, que nuestro antiguo maestro de escuela D. T... E..., cuya figura escuálida y seca nos hacía estremecer cuando niños, habitaba en compañía de su mujer, joven aún y hermosa, si se quiere. El pobre viejo ha pasado por una serie de amargas tribulaciones y vive hoy abandonado por ella, acabado por los años y casi en la mendicidad. Mientras la suerte ha tratado de esta manera al valetudinario escudero, no sé por qué extraño capricho ni por qué misteriosas evoluciones de la fortuna, la pobre y humilde Clarita, á quien él reñía con su voz de tiple, ha llegado á ser la señora doña Clara de S..., mujer, según se titula, de D. Ruperto S..., muy afortunado y conocido comerciante.

Como tú sabes, esta mujer ha llegado á hacerse en Lima una notabilidad por su elegancia en el vestir y es admitida, no solo en ciertos círculos, sino también en una que otra familia distinguida de la sociedad, que ignora su pasado ó que si lo sabe, no se desdén de aceptarla.

Cuando una mujer nacida en cierta esfera de baja se mira repentinamente elevada á otra, procura mantenerse en ella llenando todas las exterioridades y fórmulas de vanidad y de lujo que su posición le exige. Cree que, satisfaciendo estas necesidades aparentes de la vida que lleva, nada puede reprochársele y por este hecho se considera igual á las mas distinguidas señoras. La verdad es que con el aparato ruidoso de que regularmente se rodea, deslumbra, fascina y á veces llega á hacerse olvidar su origen ó sus faltas. En su vida privada no se preocupa de otra cosa que de esas condiciones extrañas y alucinadoras de su existencia, necesarias un día á sus hábitos y á su orgullo. Conversa incesantemente y con cuantas personas encuentra, de todas esas vanidades que forman su eterno pensamiento. No habla mas que de los vestidos, las sedas, las alhajas, los muebles, las propiedades, las compras recientes que ha hecho, las tertulias, la etiqueta y la moda. Cuando habla de un rico y hermoso traje, compone los pliegues del suyo para que el interlocutor se fije en él; y si recae la conversacion sobre los brillantes, coloca la mano de manera que el rayo puro del que guarnecen su sortija vaya á herir, como por un efecto de casualidad, la mirada del joven que la escucha.

Estas mujeres conservan regularmente la frescura del rostro y la flexibilidad de un tallo algo grueso hasta una edad que podría llamarse para ellas una segunda juventud. Hay hombres que las admiran y las atienden en todas partes; y si han tenido la fortuna de dejar en el libro de sus memorias una conquista ruidosa, son respetadas y vistas con interés por cierto círculo de adoradores. De este modo llegan estos seres, especie de flores de mano que solo tienen de las de la naturaleza la forma y el color; á hacer olvidar su pasado, y si ellos mismos no lo olvidan, parece al menos que no se dejan perseguir ni acosar por su recuerdo.

Hacia pocos días que había sido presentado en casa de la familia R..., cuando una noche encontré en ella, con gran sorpresa mía, á esa Clara á quien acabamos de recordar y á quien yo había divisado ya algunas veces trasformada en una elegante y lujosa señora. D. Ruperto S... se hallaba á su lado. Comprendí al instante que aquella era una visita de etiqueta en que se trataba de iniciar la confianza. La conversacion me reveló despues que la señora de S... habitaba, hacia cuatro dias, la misma calle que la familia R... y que ocupaba la casa contigua. En cuanto á ella, no me reconocí ó aparenté no reconocerme. Por mi parte, la saludé con reserva como si jamás la hubiera visto.

Pepa y Julia habían tratado cuando niñas á doña Clara en casa de una compañera de colegio. No eran pues completamente extrañas. Una noche, en que había ido como de costumbre á pasar mis mejores horas al lado de Julia, encontré la casa solitaria. Un criado me anunció que las señoritas habían ido á hacer una visita á la señora de S..., y que, previendo que yo iría durante su ausencia, me advertían que esperara un instante.

Tomé un libro y aguardaba con impaciencia, cuando se presentó una sirvienta. Las señoritas Pepa y Julia me suplicaban fuese á pasar un rato en casa de la señora de S... Esta por su parte unia á la de aquellas una invitacion formulada en términos de la mas tierna amabilidad.

Una negativa habria sido chocante. Fui pues á casa de la señora de S... que esta vez me estrechó la mano cariñosamente y me llamó su amigo con cierta efusion. D. Ruperto me hizo algunas demostraciones de aprecio, como si me hubiese conocido de antemano. Reconociase en él un hombre, si bien muy amable, algo tonto y pretencioso. Era un espíritu positivista y ridiculo que solo hablaba de las transacciones comerciales y de la sincera é íntima amistad que abrigaban por él dos ó tres personajes de elevada representacion política, cuyos nombres venian á cada instante á sus labios.

Tenia por la belleza de doña Clara una idolatría casi infantil y una fe exagerada en su lealtad. Sentábase siempre al frente de ella y no despegaba la vista de su rostro ni de su vestido. Se complacía en la elegancia con que sabia llevar los adornos que la compraba y se habria arruinado por satisfacer el menor de sus caprichos. Quedábase horas enteras contemplándola como un tonto, mimábase como un viejo y obedecía como un niño. Una mirada suya habria sido suficiente para hacerle ir hasta el fin del mundo.

Debo hacerte notar que el tren que sostenia don Ruperto en su casa era deslumbrante y superfluo. La profusion de trajes, de curiosidades, de alhajas y de muebles especialmente encargados á Europa, aturdiria á la verdad. Creíase su posicion comercial bastante próspera; pero el lujo de su casa y los hábitos de su vida eran al parecer superiores á lo que su fortuna podia permitir. Hablábase de esto en los círculos de la sociedad que tenían motivos para conocerlo, pero nadie habia llegado á explicarlo. Su honradez y su firma eran, sin embargo, acatadas en todas partes.

Estas visitas se repitieron y crearon entre las dos familias S... y R... una franqueza que bien pronto llegó á hacerse intimidad. La prontitud con que individuos y familias enteras adquieren entre nosotros la amistad mas estrecha y la confianza mas ilimitada, constituye una cualidad innata del carácter del país. A ella debe el extranjero que llega desconocido á nuestras puertas la consideracion, las predilecciones y el cariño de que inmediatamente se ve rodeado. En esa cualidad tienen tambien su origen las encantadoras especialidades de nuestro modo social de existir. Hablo de los rasgos distintivos de nuestra vida privada, es decir, de nuestras relaciones de familia á familia, de persona á persona. La necesidad de expansion, las simpatías instintivas, las improvisadas y sinceras afecciones, las ingenuas y mútuas confianzas, las tiernas solicitudes, el deseo general de hacer el bien, el espíritu de caridad en las familias,—todo esto reunido—constituye entre nosotros cierta vida de corazon que no se halla tal vez en otros pueblos de la tierra. Los que nacidos en nuestra sociedad y trasplantados un dia al torbellino inmenso de las grandes poblaciones modernas, hemos visto el vacío que esas sociedades dejan á los sentimientos íntimos, vivido en la soledad de todo afecto desinteresado y sentido el corazon como en un desierto, somos los únicos que podemos apreciar toda la dulzura y todos los encantos de nuestra vida de afecciones.

La contigüidad crea regularmente esos lazos, y merced á ella llegó una época en que podia decirse que las dos familias de que hablo formaban una sola. Durante el dia se llevaban de una casa á otra las labores de costura y permanecían juntas todas las horas que dedicaban á esta tarea, separándose solo para las distracciones privadas de cada familia. De noche se instalaba indistintamente la tertulia en casa de las señoritas R... ó en la de don Ruperto, á donde asistia un pequeño número de amigos que no me inspiraban el menor recelo respecto de Julia. Algunas veces notábase la ausencia de doña Clara, que habia consagrado la noche á visitas de alto tono y que llegaba algo tarde, mas vaporosa, mas engastada y mas deslumbrante que de costumbre. Tomábamos el té en medio de dulces pláticas y nos retirábamos emplazándonos para la noche próxima.

Fácil es prever el ascendiente que sobre dos niñas como Pepa y Julia llegaría á tomar una mujer alegre y expansiva como doña Clara, que por su edad y condicion podia prestarles el apoyo y la tutela de mamá siempre que concebían el proyecto de ir de tapadas á una procesion, de salir á hacer una compra al comercio ó de pasar una tarde bajo los verdes sauces de nuestras alamedas. Era Julia en quien se habia hecho mas notable ese ascendiente. Atribuíalo yo á una simpatía verdadera y creía á veces divisar entre ambas estrechas confianzas.

Yo no debia mirar, ni miraba con placer, la

union de la familia R... con doña Clara. La falta de derecho para reprobar una amistad que se aceptaba me habia hecho guardar un silencio estudiado. Pero una vez convenido mi enlace con Julia, resolví iniciar mi disgusto por esa amistad en la primera ocasion favorable. En cuanto á la familia, tú comprenderás sin dificultad, como unas jóvenes que habían vivido hasta entonces pobres y desconocidas, que habían llegado casi súbitamente á la situación en que se encontraban, y que desprovistas de relaciones se conservaban aún aisladas de la sociedad, tú comprenderás, decia, como esas dos almas llenas de aturdimiento y de ignorancia, admitían, mantenían y estrechaban la amistad de una mujer reprochable y hasta cierto punto escandalosa. Don Antonio, por su parte, era demasiado condescendiente y, si he de declararlo de una vez, carecia del discernimiento necesario para comprender toda la influencia que sobre la reputacion y la moral privada de sus hijas podia llegar á tener la intimidad con la señora de S...

Antes de verla en casa de Julia, yo conocia la historia de esta mujer, y habia oido referir algunos detalles de sus pasados extravíos. Despues de iniciarse su intimidad con la familia R..., no sé si seria efecto de la casualidad ó si era intencionalmente, lo cierto es que no habia círculo de amigos á donde me acercase en que no se ofreciese hablar, por algun incidente, de la señora de S... y se relatasen nuevos episodios de su vida.

Esa mujer sabia mi pasión por Julia, á pesar de que fingia ignorarla. Por medio de Pepa pude convencerme de que guardaba una marcada reserva en todo lo que á mí se referia. Jamas expresaba el menor juicio respecto de mi persona ni se permitia una sola palabra sobre ella. Cuando la sorprendia conversando con mis dos bellas amigas en medio de ruidosas carcajadas, tomaba un aire serio, y para que desaparecieran las risas iniciaba un nuevo objeto de conversacion. Si la casualidad hacia que se encontrase sola conmigo, un soplo de hielo pasaba entre los dos. Revestíase de cierto tono de alta señora, y se esforzaba por tratarme con una circunspeccion estudiada, al mismo tiempo que con la amabilidad y el desahogo que caracterizan esta clase de mujeres. ¿Se avergonzaba doña Clara de que yo recordase su pasado? ¿Había en su corazon una antipatia espontánea y gratuita para mí? ¿Creía que no era yo hombre que convenia á Julia, á quien amaba ella sinceramente, y temiendo ofender su amor propio, preferia callarse? No lo sé aun. Quizá no representaba yo un hombre tal como lo exige la ambicion de comodidades materiales y de fausto, que se ha hecho la ley suprema en ciertas clases de nuestra sociedad, cuando se trata de casar una hija de familia. La verdad es que la señora de S..., si bien no me estimaba como amigo ni me amaba como á futuro esposo de Julia, acreditaba respetarme.

Observé de repente con sorpresa que Pepa y Julia habían dejado los géneros sencillos y los habían substituido con la seda en su vestido diario.

Pocos dias despues noté que el servicio interior de la casa habia mejorado notablemente, esforzándose por imitar los usos de la familia de S... El antiguo juego de té se habia transformado, por ejemplo, en otro de hermosas, transparentes y matizadas tazas de china, exactamente igual al que se presentaba en casa de doña Clara.

Sucedia todo esto cuando mi matrimonio acababa de arreglarse.

Jamas olvidaré el dia en que conduje á Julia á casa de mi madre, y en que vi estrecharse en un abrazo tierno y cariñoso á los dos seres que mas he amado sobre la tierra!

Desde que habia obtenido la palabra de Julia, se habia operado una reaccion en mi espíritu. Mi vida habia vuelto á la calma, aunque mi pasión era la misma. La fiebre perpetua habia desaparecido de mi cerebro y de mi corazon. Entonces conocí hasta qué punto mata la duda, hasta qué grado consuela la esperanza. Pasado el vértigo del delirio, me quedaba solo ese estado de soñadora lucidez del que ama y espera. La imagen de Julia venia á bañarme en mis horas de soledad y de silencio con un rayo de paz y se veia pasar entre mí las mil secretas voluptuosidades que iba á encontrar en los dias que me esperaban. Podria comparar mi vida de entonces al sueño inquieto de un niño á quien sus padres han ofrecido un dia hermoso de campo, y cuya alma espera adormecida, pero con impaciencia, ver radiar sobre los cielos los primeros tintes azules de la aurora deseada. Cada dia sorprendia algo que hasta entonces me era desconocido en la belleza de Julia, nuevo motivo de adoracion para mi alma. Si hasta entonces me habia parecido una predestinacion el conocerla y amarla una felicidad, poseerla me parecia un favor providencial que Dios me concedia. No solo me consideraba dichoso sino que estaba satisfecho y envanecido de mi eleccion. Y así como Lamartine, poseído de los recuerdos de la infancia, de la pasión por la casa, de la adoracion santa de su madre, dice con toda la espontaneidad, la sencillez y la delicadeza de sentimiento de que él solo es capaz, que si Dios volviera á crearlo cien veces y le consultara otras tantas ántes de nacer, eligiria para tornar al mundo la misma familia, la misma madre y el mismo rincón de la casa que cobijó su cuna; así yo, si Dios me hubiera colocado cien veces bajo las mismas circunstancias, habria concebido otras tantas á esa misma mujer como el ideal de mi destino, hubiera recorrido para hallarla el mundo entero y habria entrado á pedir para esposa, bajo el techo que habitaba, á la huérfana, humilde é inocente Julia.

Pero mi pasión era correspondida? ¿Era amado de la misma manera que amaba? ¿Estaba seguro de ello? Muchas veces, cuando Julia ejecutaba en el hermoso piano de la señora de S... una pieza de ópera aprendida en el colegio, quedábame contemplándola con un aire de apasionada tristeza, la cabeza hacia atrás, el brazo sobre el piano y la sien sobre la derecha como adormecido por la armonía.

Quando menos pensaba me encontraba sorprendido por ella en esta actitud. Entonces dejaba asomar á sus labios una sonrisa, que no sé si nacia del gozo de la belleza que se complacía en que la admiren, ó de la alegría espontánea que debe producir la conciencia de que se posee en sí mismo la felicidad de otro ser. Dirigíala yo en ese instante algunas palabras á media voz que ella contestaba de la misma manera, y terminaba nuestro diálogo hasta la noche siguiente.

Quando menos pensaba me encontraba sorprendido por ella en esta actitud. Entonces dejaba asomar á sus labios una sonrisa, que no sé si nacia del gozo de la belleza que se complacía en que la admiren, ó de la alegría espontánea que debe producir la conciencia de que se posee en sí mismo la felicidad de otro ser. Dirigíala yo en ese instante algunas palabras á media voz que ella contestaba de la misma manera, y terminaba nuestro diálogo hasta la noche siguiente.

Mi prometida y su prima eran excesivamente aficionadas á las flores. Existía en su traspaso un pequeño jardín que cultivaban ambas y esta circunstancia hacia que jamas faltaran flores en sus hermosas trenzas. Julia habia establecido la costumbre de obsequiarme todas las tardes con una flor, regularmente una violeta, arrancada por ella misma de su tallo y conservada en su pecho ó en su mano hasta el momento en que pasaba á la mía. Habíamos llegado á convenir por medio de inocentes burlas en que, si esa flor habia pasado por otra mano ó se encontraba ajada ántes de que yo la recibiera, Julia no se habia acordado mucho de mí durante el dia. Cuando sucedia esto, fingia yo un pueril resentimiento contra el cual protestaba ella en un tono de sencillez encantadora, y al fin la violeta, fresca ó ajada, venia á posarse sobre mi corazon en la cartera de mi levita. Al desnudarme en mi cuarto, llevábala un instante á mis labios y casi siempre la colocaba, como señal, en uno de mis libros favoritos, sobre la página en que el sueño venia á sorprenderme. Yo no puedo hoy abrir mis libros sin encontrar á cada paso, marchitas por el tiempo, esas flores cuya vista me trae el recuerdo de mi felicidad, pero cuyo perfume ha desaparecido como ellas.

Esa sonrisa y esa flor cotidianas eran todas las pruebas constantes de cariño que recibia de Julia.

Pero los dias corrian.

Una tarde me hallaba en la alameda en compañía de algunos amigos. De repente distinguimos en ella á las señoritas R... custodiadas por doña Clara. No era esta la primera vez que se hacían estos paseos. Al divisar á la señora de S..., uno de mis camaradas soltó una frase que, mal comprendida, podia afectar á Pepa y á Julia. Este incidente me hizo reflexionar y resolví insinuar ese mismo dia mi opinión sobre la franqueza que se dispensaba á aquel/a.

En efecto, pocas horas despues me encontré solo con Pepa y D. Antonio, y traté de hacerme comprender en los términos mas moderados.

Ambos convinieron en lo justo de mis observaciones.

A la tarde siguiente fui á la alameda, segun mi costumbre.

Pepa y Julia, acompañadas de doña Clara, se encontraban en ella.

Reconvenidas por mí, me contestaron exponiéndome mil detalles sobre el apasionado cariño que doña Clara les profesaba, cariño que ellas correspondian sinceramente y que no se sentian con valor para retribuir con actos de desaire.

Comprendí que la señora de S... habia logrado captarse la voluntad de las señoritas R... y que las tenia fascinadas. El temor de suscitar un desacuerdo, que podia tocar en un límite enojoso, me ató los labios y determiné callarme hasta que, en vez de demandar, pudiera exigir.

Los paseos á la alameda redoblaron su frecuencia.

Algo mas me estaba reservado.

Era un domingo, para cuya noche anunciaban en el teatro principal *Pablo el marino*, ejecutado por O'Loughlin. Las señoritas R... manifestaron, por casualidad delante de mí, el deseo de asistir á la representacion. Corrí á la caja del teatro y pedí un palco de primer orden. Todos habían sido vendidos. Pedí uno de segundo y tampoco lo habia. Tomé el que mejor se me presentó en tercera fila, volví á casa de mis dos amigas y puse en sus manos el billete.

Por la noche entré al teatro algo tarde, y mi primer cuidado fué alzar la vista al palco en que debia hallarse mi prometida. Las señoritas R... no estaban en él. Esperé en vano toda la noche, y al fin pensé que se les habia presentado algun obstáculo.

Quando á la noche siguiente llegué mas temprano que de costumbre á casa de D. Antonio, se encontraba allí doña Clara y la tertulia instalada ya.

Hablé naturalmente del teatro. Me disponia á preguntar cuál era el motivo que habia privado á Julia y Pepa de asistir á él la noche anterior, cuando promoviendo la señora de S... la cuestion de localidades dijo, entre otras muchas cosas, que ella solo acostumbraba asistir á palcos de primera fila; que en cuanto á los de segunda, son muy embarazosos por las dificultades que hay para bajar, terminada la funcion, y que en cuanto á los de tercera, eran detestables no tanto por esas dificultades, cuanto porque solo son ocupados por familias desconocidas, que no acostumbran frecuentar el teatro y que pertenecen á la clase oscura de la sociedad. Comprendí inmediatamente todo lo que habia pasado. Pepa y Julia se miraron á un mismo tiempo, yo me sentí enrojecer y todos permanecimos un instante en silencio.

¡Ah! entonces concebí con amargura, que el orgullo de frívolas vanidades y las preocupaciones necias que esclavizaban el alma de doña Clara habían contaminado los espíritus sencillos de Pepa y de Julia, cuya misma sencillez era causa para que llevaran esas preocupaciones hasta una falsa exageracion, funesta para el porvenir.

Julia ó su prima habia revelado á la señora de S... el origen del billete? Si esta no lo sabia, debia presumirlo. Como quiera que fuese, un ataque tan brusco me demostró que no era ella el mas firme apoyo que yo tenia en la casa, y me hizo reflexionar que si la casualidad presentaba la ocasion, su influencia podria perderme. Necesitaba proceder en lo sucesivo con mucha delicadeza y me propuse hacerlo así, bien deseoso de que llegara el momento en que pudiera libertar á Julia de la amistad de una mujer de mundo. Pedir una explicacion habria sido provocar un conflicto que yo queria evitar.

Quince dias habrían corrido, cuando doña Clara, como dándome una leccion, invitó á sus amigas para ir al teatro una noche. Era una funcion de *beneficio*. Con ese objeto acababa de admitir un palco de primera fila que le habia remitido el actor beneficiado. La gente de bastidores divisa desde lejos esta clase de seres y explota su vanidad.

Por mi parte era imposible dejar de concurrir. A las siete y media de la noche pasaba por bajo el pórtico iluminado de nuestro coliseo, y un momento despues distinguia á las señoritas R..., que hermosas y radiantes se ostentaban en los asientos delanteros del palco, mientras que doña Clara y D. Ruperto ocupaban los contiguos, y D. Antonio reposaba en el fondo.

La representacion habia comenzado. La perspectiva estaba llena de bellezas, de animacion y de luz. Tú no ignoras la excitacion que produce en nuestro teatro la presencia de una familia poco conocida, particularmente si se contemplan dos hermosas jóvenes de simpático aspecto, de elegantes vestidos, frescas y lozanas como se ostentaban esa noche, en todo el esplendor de su belleza, Pepa y Julia. Fácil era conocer que las señoritas R... habían despertado esa excitacion.

Terminado el primer acto, Julia me hizo una seña para que fuera á hablarla, y la señora de S... agregó una insinuacion con la cabeza. ¿Cómo resistir? Me encaminé al palco y despues de ser recibido por la primera con una sonrisa encantadora, acompañada de una reconvenccion de etiqueta por la segunda, tomé en el palco un asiento desde donde pudiera contemplar de frente á mi prometida. Todos los jemeles iban dirigiéndose, unos despues de otros, hacia las señoritas R..., y de la platea brotaban miradas de indagacion y de curiosidad.

Julia, á su vez, recorria toda la perspectiva con un hermoso anteojo llevado delicadamente por una sola mano, mientras que la otra descendia, como abandonada á sí misma, sobre el antepecho del palco, ceñida por un guante cuya finura dejaba traslucir las formas llenas y torneadas que oprimia.

Antes de que volviera á alzarse el telon, noté que en un palco de la misma fila y no á mucha distancia de nosotros, se encontraban algunos jóvenes distinguidos, cuyas miradas tenían preocupada á Julia.

Había terminado el segundo acto y me habia retirado al fondo, donde conversaba con doña Clara sobre la ejecucion de la obra, cuando oí que Julia nos preguntaba, como impelida por la impaciencia, quién era un joven que se hallaba entre los que acabo de indicar y que ella nos señalaba con la vista.

—Es Alberto X... dijo la señora de S..., despues de arrojar sobre él una mirada.

Yo saqué la cabeza y reconocí en efecto á Alberto X..., —con quien, lo diré desde ahora, no me unia ninguna relacion.

—El joven de quien me ha hablado V. otras veces? interrogó Pepa.

—El mismo, es uno de los mas ricos, alegres y hermosos muchachos de Lima. Se viste siempre tan elegantemente como V. lo ve, y posee uno de los mejores caballos que se conocen. Tiene un carácter amable, divertido y bullicioso. ¿No es verdad, señor D. Andrés?

A mí me constaba por noticias todo lo que acababa de decir doña Clara.

—Es verdad, señora, contesté. Parece un joven que comprende la vida, pues que goza de ella.

—Antes era muy amigo mio y de Ruperto. Se ha retirado de casa sin motivo ninguno: tal vez no sabe dónde vive ahora. Hemos pasado con él dias muy alegres y entretenidos.

En este instante Alberto volvió la cara hacia la señora de S..., que decia todo esto con la vista fija en él y le hizo un atento saludo, acompañado de cierta intencion que podia traducirse en estos términos:

—Por qué no me ha dicho V. que tenia tan hermosas amigas?

—¿Qué picaro! murmuró doña Clara.

—Tiene una fisonomia muy impávida, dijo Pepa.

—Pero es muy buen mozo, agregó Julia como si acabara de corroborar una opinion.

Hasta allí todo habia sido producido por la casualidad. Es necesario, sin embargo, ser un niño para no ponerse en observacion despues de oír semejantes palabras á la mujer que se ama.

Observé pues, y durante la ejecucion percibí que las miradas de Julia y Alberto X... se encontraron tres ó cuatro veces. Yo mismo no podia decirme si por efecto de la intencion ó del acaso.

La funcion iba á terminar. Se representaba esa noche *La carcajada*, y habíamos llegado al último acto. Ne sé si recordarás el cuadro final de ese drama, á la verdad uno de los cuadros mas sentimentales que se han escrito jamas.

La familia, el médico y sus mejores amigos rodean al joven loco, que ve pasar en ese instante el aparato fúnebre de un entierro. Necesita una gran impresion para sanar y se le dice que ese entierro es el de su madre. La desesperacion mas espantosa se apodera de su alma. Grita, se lanza contra la reja que le guarda, forcejea, sacude cuando encuentra y desgarrando el corazon de todos los que le aman, va á arrojar en ese momento terrible, y hasta se ve asomar á sus labios, la fatal carcajada. Pero no es así. El enfermo prorrumpe de repente en un sollozo comprimido al principio, sordo despues, mas adelante prolongado y termina por un desborde de lágrimas infinito, espontáneo y dolorido como el llanto de un niño. La madre y la joven amada le abren los brazos, el loco los reconoce y recobra la razon, cayendo en su seno al grito consolador de— "madre mia! madre mia!"

En cualquiera parte donde se represente ese drama hará sentir, estremecerse y llorar. Esa noche la figura de O'Loughlin habia dominado al público, y el silencio, prueba evidente de que se ha llegado á conmover á los espectadores, reinaba en todos los ámbitos del teatro. Por lo que á mí toca, me habia enternecido profunda y dolorosamente.

(Continuará.)

LA APARICION.

DURANTE el mas triste periodo de nuestra lucha revolucionaria, al oscurecer de una tarde de verano, la familia de Van Deventer, un propietario que residia cerca de Hackensack, Estado de Nuevo Jersey, se hallaba reunida en la sala de su casa montada á la antigua, empeñada en una conversacion sobre los desastres que habia experimentado recientemente el ejército patriota.

La familia del señor Van Deventer consistia solo de dos hijas, Minetta y Esther, la última de las cuales estaba comprometida á casarse con el teniente Suydam, quien se hallaba entonces con Washington en Monmouth.

Ninguna de las muchachas era notable por su belleza, aunque sus elegantes formas, sus maneras agradables, y su inteligente conversacion, las hacia bien quistas en todo el vecindario.

Fuera de estas ventajas, distinguíanse ellas por su gran benevolencia y su industria, ben-
dicendo por ello todos los pobres labriegos de aquellos alrededores las amables hijas del anciano Van Deventer, el caballero hacendado de Hackensack.

Otto Suydam, el amante de Esther Van Deventer, desde sus mas tempranos años habia sido su compañero de juegos y de escuela. Entrambos estaban dotados con ricos dones de inteligencia, y fincaban con placer infinito en el hecho, que á ellos les pareció de mucha significancia, esto es, haber nacido en el mismo dia, aunque en diferentes hemisferios, pues Otto Suydam, americano por padre y madre, habia visto la primera luz en Amsterdam, en una visita que sus padres hicieron al hogar de sus antecesores. Para ellos era tema de frecuente y agradable conversacion el hecho de haber nacido en diferentes hemisferios el mismo dia.

—Cosa rara, Otto, le decia una vez Esther, mientras el uno al lado del otro se paseaban bajo el sombrío de los bosques de Hackensack, cosa rara que dos almas hayan venido al mundo en una misma hora á dos mil millas de distancia, y sin embargo destinadas á encontrarse y unir sus destinos para bien ó para mal. Extraño que dia tras dia nosotros nos aproximáramos cada vez mas el uno al otro, hasta que al fin nos reunimos. No es ilusion, sino realidad, que tú viniste á la carrera sobre los mares atraído por la oculta simpatia que enlaza los corazones predestinados.

Entonces Otto miraba á su futura esposa con ojos de indecible pasion, pasion demasiado profunda para que pudiera expresarla con palabras. Durante un paseo, que habian prolongado mas allá de los limites que solian, se detuvieron en un bosquecillo inmediato á la casa y mientras ella se apoyaba en el brazo de su amante, se estuvieron contemplando la estrella de la tarde, que parecia alumbrar solo para ellos. Entonces y allí mismo los amantes se juraron eterna fe, prometiéndose mutuamente que nada los separaria en este mundo ni en el venidero.

Durante su estada en el colegio de Princeton, los estudios de Otto Suydam habian tomado una vuelta muy transcendental, pues que le habian imbuido en aquella propension germánica que se deleita en las cosas sobrenaturales. Para él el mundo de los espíritus era tan verdadero como el material y mucho mas imperecedero.

—Podeis destruir el cuerpo, ó al menos, transformarlo en otros elementos, pero el espíritu es intangible y desafia el aniquilamiento, aun su deterioro, excepto por su propia volicion. Un hombre mas fuerte que yo puede mancar ó desfigurar mi forma corporal, al paso que nada sino mi propio acto es capaz de degradar ó hacer daño á mi naturaleza espiritual.

Cosa de un año antes del tiempo en que principiaba nuestra historia murió el padre de Otto. Mientras vivia, Otto, por respeto filial, habia dominado el deseo que tenia de unirse al ejército patriota, porque su padre era un *tory* acérrimo. Pero la muerte de éste le dejó en completa libertad, dijo adios á sus amigos de Hackensack y partió para Trenton, donde se halla-

ba el ejército patriota acampado, bajo el mando de Washington.

La noche antes de partir, se hallaba sentado en la antigua sala, que daba sobre un jardín lleno de las mas raras flores. Habia sido del carácter mas grave la conversacion de los dos amantes; el uno habia jurado al otro el mas tierno afecto, y una fidelidad sobre la cual la muerte no tendria poder.

—Esther, le dijo Otto, teniendo apretadas sus manos en las suyas, ¿crees tú que los espíritus en la hora de agonía tienen facultad de aparecerse á lo que mas se ama?

—Otto de mi alma, no sé que creer; pero si fuera eso cierto á cada paso tendríamos semejantes visitas. Mucho, muchísimo me amaba mi madre, y jamas la he vuelto á ver desde que la pusimos en el sepulcro.

Una nube de profunda tristeza cubrió el semblante de la hermosa muchacha al decir estas palabras, y por algun tiempo se estuvo sentada absorbida en los recuerdos de lo pasado, con los

sa,—en nombre de la sagrada é indivisible Trinidad te prometo solemnemente aparecerme á tí.

—Pero dime, Otto, repuso ella llena de pavor, ¿qué es lo que dice ese viejo libro impreso en letras negras de qué me has hablado? No hay, en verdad, algo misterioso en esos extraños tipos en que nuestros antepasados imprimian sus libros?

—Esther de mi alma, replicó Otto, ciertamente que hay en esos viejos libros un misterio que los modernos no poseen. No me maravilla que Fausto, el célebre impresor, fuese considerado como un nigromántico, siendo así que es mágico todo el que abre un libro de ciencia; porque la admiracion, querida Esther, no es mas que el efecto del conocimiento que como el relámpago ilumina la ignorancia. Un milagro es meramente el resultado conseguido sin la intervencion de la ciencia humana, esto es, una altura ganada sin el auxilio de escalera. La edad de la razon será una de escepticismo.

bien afirmaba que si los amantes se juraban eterna fidelidad, se aparecía el uno al otro en la hora de la muerte. Esto es lo que se conoce por Aparicion: tan idéntica es la vision, que es difícil diferenciarla de la vida. El canon es pasar despacio por delante de la vision, y, mirándole fijamente á la cara, ojo á ojo, pronunciar el sagrado nombre de Jesus. Si es una aparicion, se estremecerá y desaparecerá en el aire.

—Otto, dijo Esther casi desmayada, sea eso cierto ó no, prometo que, si tengo la facultad, me apareceré á tí, en caso de que yo muera antes de que nos volvamos á ver.

—Y yo, agregó su amante con solemnidad, te hago la misma promesa.

Apénas necesitamos recordar á los que conozcan la historia americana las dificultades infinitas que se presentaban entonces para que las cartas de los patriotas, que derramaban su sangre en los campos de batalla, llegasen á manos de sus parientes, con especialidad á los

que residian en los distritos rurales y poco frecuentados como los de Hackensack, cuyo risueño aspecto, en aquella época, lo mismo que en la presente, parecia de especie repelente; porque, por extraño que suene, aun ahora, en el año de gracia de 1866, muy pocos de los millones de nuevayorquinos, que se saben de memoria á Long Branch y Saratoga, y otros sitios recónditos, han visitado una vez en su vida la risueña y solitaria aldea de Hackensack.

Pasábanse los meses y no se recibian noticias de Otto en aquel apartado rincón de Nuevo Jersey; sin embargo, de que una vez llegó hasta allí el rumor de que al cruzar el ejército americano el Delaware se habia distinguido de modo el novio de Esther que lo habian promovido al grado de teniente. Pero antes ni despues la familia de Van Deventer supo nada acerca de ese joven.

En el entretanto Minetta, la mas joven de las muchachas, se habia comprometido á casarse con un joven labrador de las cercanías, y la aproximacion de su matrimonio hizo que Esther olvidase por un instante la tristeza que le causaba la ausencia de su amado y solo se ocupase de la felicidad de su hermana.

La luz del dia se apagaba en las sombras del crepúsculo, y Esther estaba á solas sentada pensando en su amante, en la antigua sala que da hacia el jardín. Las ventanas bajaban hasta el ras del piso, formando puertas que abrian sobre el terrado, desde el cual á pocos pasos se entraba en el jardín. Desde el camino público se penetraba en la casa por una puertecita de la cerca, por los amigos de la familia ó por los que deseaban evitar mayor rodeo caminando hasta la puerta principal. Aquella era la que servia casi siempre de entrada á Otto, pues que de este modo evitaba esperar á que los criados abriesen la otra, que siempre estaba cerrada. En esa noche todo respiraba paz; ni una nube flotaba en las profundidades del firmamento, y una zona rojiza se extendia por el horizonte hacia el oeste, de que resultaba mas azul el cielo á medida que se

dirigia la vista al opuesto cuadrante. Tomó Esther el laúd, que le habia regalado Otto, pasó como en sueño la mano sobre las cuerdas, y cantó en tono muy bajo de voz, que parecia mas bien un murmullo que un canto, una cancion de Purcell. La letra era de su amante y respiraba en todas sus sílabas el credo peculiar suyo sobre las apariciones y aparecidos.

Dejó ella de tocar y de cantar, y los ecos de su música como de su canto se perdieron en la quietud del aire, quedándose absorbida en sus pensamientos de lo pasado. Al levantar los ojos, descubrió una silla entre ella y la puerta, vista que la hizo estremecer de pies á cabeza.

—¡Otto! exclamó la joven. ¿Cómo es que te aparesces tan calladamente? ¡Ah! Me olvidé. Cantaba y tocaba, querido Otto.

Y no bien dijo esto, se levantó como para echarse en sus brazos, porque allí, sentado entre ella y la puerta, en la silla antigua de la familia, se hallaba su adorado Otto, quien evi-



LA APARICION.—LEVANTÁNDOSE DEL ASIENTO DESPACIO, DIÓ VARIOS TRASPIESSES MAS BIEN QUE CAMINÓ HACIA LA VISION.

ojos fijos, no en ninguno de los objetos que la rodeaban, sino en la aparicion en las insospechables tinieblas de su alma.

—Esther, continuó Otto, en tono bajo y enfático, hace poco que lei en un libro antiguo, impreso en letras negras, en la Universidad de Princeton, que el alma pura al morir, ó mas bien, al separarse de su envoltura mortal, tenia la facultad, si así lo deseaba, ó si habia jurado solemnemente hacerlo así, de aparecerse á la persona que sobre todas amaba, á aquella con la cual su futuro estaba irrevocablemente ligado.

—¿Y crees tú eso, Otto?

—Como creo en mi propia existencia. Mas, como creo en el amor que te profeso.

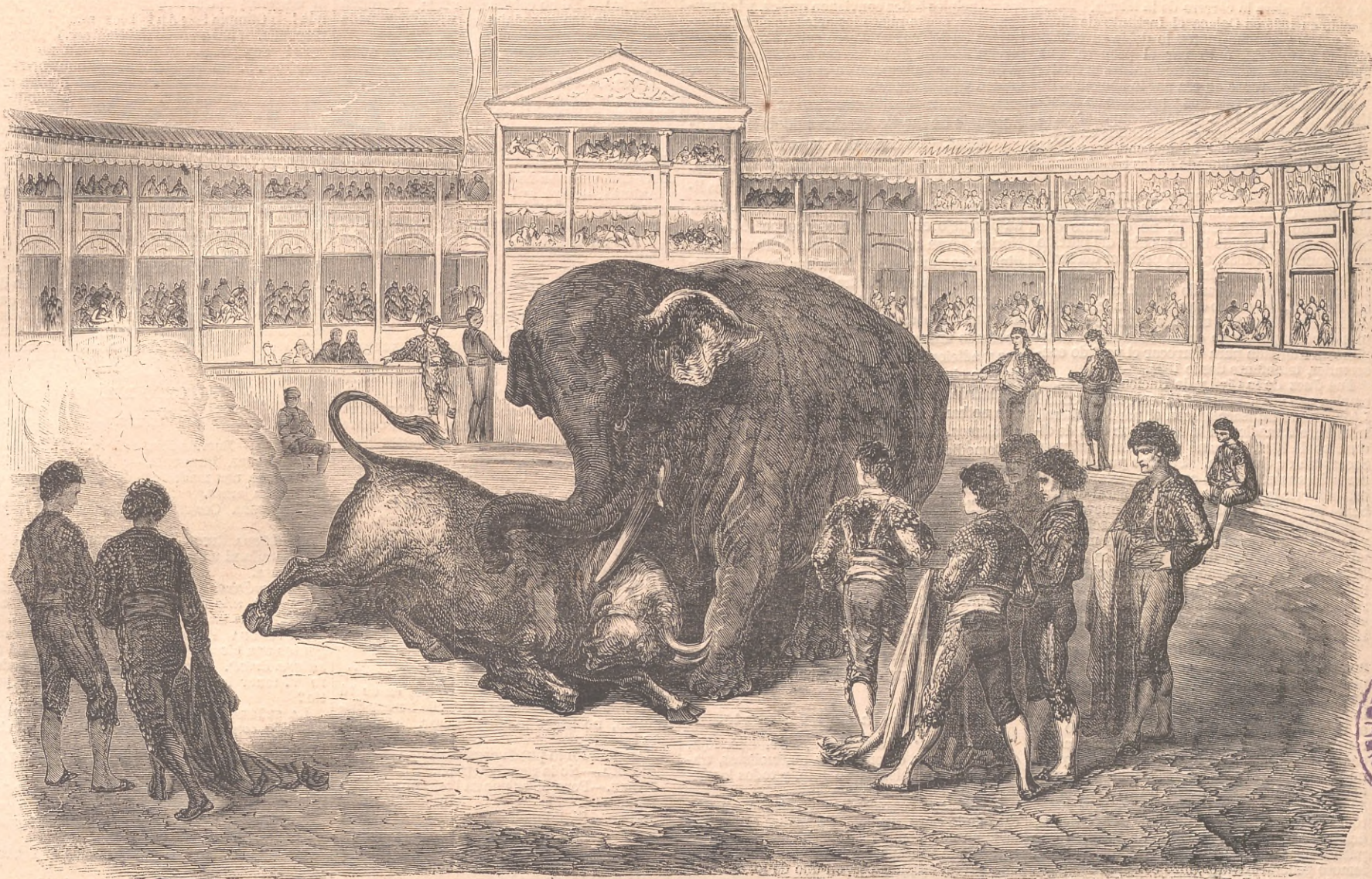
—¿Por qué no añades, queridísimo Otto, y como creo en el amor que me tienes?

—Sí, sí, repitió él en tono de voz solemne y acentuado, cual si orase y afirmase su promesa. —Esther, añadió despues de una breve pau-

Trepamos á la cima de la torre de la iglesia de la Trinidad, y el ánimo, sujeto dolorosamente al cuerpo, se debilita por el esfuerzo fisico de subir las escaleras, y mira con ojos desmayados á la gloriosa escena; pero si por una fuerza repentina como la de un resorte, que hace que el pez salte sobre el agua, ó la de las alas de un pájaro, que le transporta por un simple impulso al tope de una montaña, donde todo aparece desnudo y al descubierto, pudiéramos nosotros remontarnos, ahí, mi querida Esther, estaría lo admirable, es decir el efecto inmediato de la ciencia. ¡Ah! Ciencia, alfabeto rastreo, con qué trabajo ganas tú la altura á que la Fé alcanza de un salto!

—¿Pero qué dice el viejo libro de que me has hablado, Otto?

—Decia esto, alma mia, decia que la vida es pensar; que lo que la vitalidad resuelve hacer éso se puede hacer, y que lo único que refrena nuestros deseos es nuestra vehemencia. Tam-



RIÑA DE UN ELEFANTE Y UN TORO.—DISEÑO DE G. DORÉ.

dentamente había entrado en el cuarto, sin hacer ruido, mientras ella cantaba.

Pero se apoderó de todo su ser un sentimiento extraño, algo que la retenía clavada en su asiento.

—Otto, repitió en voz apagada y trémula, ¿por qué no hablas?

Y en aquel instante le heló la sangre en las venas el recuerdo de su última conversación con Otto. Sin embargo, por mas fantástica que fuera, su entendimiento había sido bien cultivado, y se había acostumbrado á obrar y pensar por sí misma desde la infancia, y por supuesto estaba exenta de aquellas debilidades sentimentales que amenguan el carácter de la mujer. Con todo le vino á la mente de pronto todo lo que había leído sobre apariciones, y comprendió que se le aflojaban todas las coyunturas de su cuerpo y estaba á punto de desmayarse.

—Quizas, dijo ella para sí, él hace esto para probarme. Y entonces, haciendo un soberano esfuerzo, añadió en alta voz, dirigiéndose á la vision inmóvil que tenía delante:—Otto, ¿por qué haces esto?

Así que Esther pronunció estas palabras, la vision volvió hacia ella los ojos como movidos por un resorte, y en su mirada parece que se pintaba un sentimiento de intensa tristeza y exquisita ternura.

—Otto, mi querido Otto, habla. Pero no salía palabra de aquella silenciosa figura. En aquel instante un pensamiento, cual relámpago, pasó por la mente de Esther.

—¡Ah! exclamó, haré la prueba. Recuerdo ahora lo que Otto me contó. ¡Dios mío, dame valor! Me dijo que si uno pasaba por delante de la vision, y, sin quitarle los ojos, pronuncia-

ba el nombre sagrado de Jesus; si era un aparecido, cerraría los ojos estremeciéndose, y desaparecería.

Después de una oración mental, Esther se armó de valor para hacer la terrible prueba.

Levantándose del asiento despacio, dió varios traspiés mas bien que caminó hacia la vision, cuyos ojos estaban fijos en los suyos como por una fascinación irresistible, y así que estuvo á dos pasos pronunció débilmente la palabra "Jesus."

Por el semblante del espectro pasó como una sombra de intensa agonía, volvió los ojos en blanco, juntó las manos pálidas poco á poco, las apretó lleno de angustia, visiblemente se estremeció de pies á cabeza y... se desvaneció.

La infeliz Esther dando un chillido agudísimo cayó sin sentidos en el suelo.

Al grito y á la caída acudieron Minetta y su amante, y encontraron á la muchacha tendida de largo á largo como si estuviese muerta. Cuando volvió en su conocimiento, estas fueron las palabras que se le escaparon:

—Está muerto!... Está muerto! Le he visto!

—¿Visto? A quién? preguntó Minetta.

—A Otto, contestó Esther.

—¿Tú sueñas, hija mía, repuso su padre.

—No, no. Le acabo de ver en esa silla, señalando para aquella que el espectro había ocupado. Sé que está muerto, y esa fué su aparición. Pasé por delante de ella, pronuncié la palabra sagrada y se desvaneció en el aire.

Nada pudo reanimarla, y al tercer día yacía ella en su cama moribunda, y su padre, Minetta y el amante de ésta se hallaban sentados velando su agonía lenta y triste.

El manto de la noche envolvía la tierra en sus melancólicos pliegues, reinaba en el cuarto una tranquilidad profunda, cuando de repente levantando Esther los ojos, dijo sonriendo:

—¡Ah! Otra vez le veo. Allí se cierne, mas ahora tiene la forma de un ángel. Ya voy, Otto!

Exhaló un hondo suspiro, y la pobre muchacha con el corazón despedazado, voló al cielo.

Antes de que depositaran su cuerpo inanimado bajo nuestra madre la tierra, llegó un mensajero del campamento patriota con la nueva de que en el momento en que Esther tuvo aquella aparición, Otto había caído herido repeliendo un ataque de los ingleses contra las líneas americanas, y que muriendo en los brazos de un camarada, fué el nombre de Esther la última palabra que pronunciaron sus pálidos labios.

—La sociedad de los Jóvenes Cristianos de Chicago, Illinois, va á establecer una casa de huéspedes para las muchachas que no tienen hogar, y se ha dirigido á las señoras de la misma ciudad para que la ayuden en su empresa.

Riña extraña de toros en Madrid.

Se dice que un empresario de la plaza de toros de Madrid, deseando dar alguna variedad á las corridas, imaginó hacer reñir un elefante con un toro de los mas fieros. La idea obtuvo general aceptación, y una inmensa multitud de gente acudió á la extraña corrida, no desdenando la reina misma ser una del número de los espectadores.

Gustavo Doré, el gran artista francés, que se hallaba á la sazón en Madrid, se aprovechó de la ocasión aquella, para hacer un boceto, que es el que copiamos ahora.

gentes naciéndole dar algunas zapatetas en el aire, se contentó con el castigo de sujetarle en tierra hasta que le vió rendido y amansado.

D. Benito Juárez.

Este por mas de un título célebre personaje americano, nació el 21 de marzo de 1806 en San Pablo de Gueletao, pueblecillo de unos 200 habitantes, la mayor parte indios de raza pura, metido entre las alterosas montañas del Departamento de Oajaca, á poca distancia de la ciudad de este nombre. Perdió á sus padres, que eran indios, cuando se hallaba todavía en la infancia, y quedó bajo la tutela de un tío que sin



BENITO JUAREZ, PRESIDENTE DE LOS E. U. MEXICANOS.



MAXIMILIANO, EMPERADOR ELECTO DE MÉJICO.

El elefante, sin turbarse por la gritería asordadora que ocasionó su presencia, entró en la arena con el mayor reposo y durante toda la lucha conservó la serenidad magestuosa que le es peculiar. El toro se precipitó sobre él con su acostumbrada impetuosidad, pero el rey de la tribu cuadrúpeda apenas se apercibió de sus cornadas. Cansado el toro de batirle por los flancos, le acometió de frente, á cuyo tiempo el elefante alzó la trompa humilló la cerviz de su antagonista hasta el suelo y allí le clavó con sus colmillos. Mas no pudo animarse á hacer con su cornudo antagonista; ántes, cual si tuviera á menos matarle para diversion de las

duda no le daba buen trato, porque el muchacho huyó el día menos pensado á la ciudad de Oajaca; donde aprendió á leer y escribir, y donde hizo los estudios que le han alcanzado la celebridad de que goza entre los varones mas distinguidos de su patria.

Ocurrió esto en los primeros días de la independencia de los Estados Unidos Mejicanos, cuando desencadenados los partidos políticos que habían llevado una vida de crisálida, fué preciso que todo joven eligiese el suyo y se abriese camino á los puestos con que le brindaba la patria emancipada y dueña de sus destinos. El protector de Juárez en vano solicitó

EL HIJO.—No sé eso, señor.
EL ESCRIBIENTE.—Está bueno. Pues lo sabré yo.
VACHON.—Alquile uno por cinco años. A la expiración de ese tiempo V. puede comprar un lote si quiere.
EL ESCRIBIENTE.—Cincuenta francos. Pase a la mesa de los sepultureros.

EN OTRA MESA.

EL ESCRIBIENTE 3.º.—¿Quiere V. un ataúd de pino, de roble ó de plomo?
EL HIJO.—Lo que sea mejor.
VACHON.—Un ataúd de roble: eso dura mas. No hay necesidad de ser extravagante; y para la pobre mujer lo mismo da de una clase que de otra; mas importa la durabilidad que el lujo extemporáneo.
EL ESCRIBIENTE.—Un ataúd de roble, diez y ocho francos. Vean al escribiente de la mesa de enfrente.

EL ESCRIBIENTE 4.º.—¿Qué especie de funeral desean Vds? Los tenemos de todos precios, desde ochenta francos, hasta mil y quinientos. Registren ese libro de muestras. Ahí verán Vds. los dibujos de los varios estilos de carror fúnebres, con el precio al pie de cada uno. ¿Quieren flecos de plata ó de algodón? Quieren que se cuegue la casa de paños mortuorios?

VACHON.—No hay para qué hablar de eso. En la escritura del alquiler de la casa hay una cláusula que prohíbe expresamente se la cuegue de paños mortuorios, porque el propietario cree que eso es dañoso.

EL ESCRIBIENTE.—Si no se pone coto á las pretensiones draconianas de los propietarios, no se sabe dónde acabarán sus exigencias. ¿Quieren lágrimas de plata?

EL HIJO.—Sí, señor.
VACHON.—Ni pensar. El precio es escandaloso.

EL ESCRIBIENTE.—Está bien, señor mío; pero ¿espera V. que la compañía dé lágrimas de plata á los muertos por su linda cara! ¡Eh! ¿Lo espera V? ¡Ha! ¡ha!

VACHON.—Queremos escoger un término medio. (Aparte). Este escribiente es un mozo de muy buen humor.

EN LA IGLESIA.

EL SACRISTAN.—¿Quieren Vds. que se vista la iglesia de negro? Quieren cirios? Coro? El altar mayor ó la capilla? ¿Quieren misa mayor, cantada ó rezada?

EL HIJO.—Yo no sé. M. Vachon, tenga V. la bondad de disponer lo que crea conveniente.

VACHON.—Señor mío, obráremos aquí como hemos obrado en la oficina del corregidor, es decir, con moderación, siguiendo en este respecto el ejemplo del finado Luis Felipe.

EL SACRISTAN.—No parece, sin embargo, que fué muy acertada esa línea de conducta en su caso.

VACHON.—(Aparte). Este eclesiástico me parece persona muy agradable.

DOS DIAS DESPUES.

EL SEPULTURERO EN JEFE.—Caballeros el funeral ha partido.

PADRE.—Pablo, el peso del dolor me anonada. Mis piernas se niegan á caminar. A ti, pues, corresponde el noble deber de conducir á su última mansión, en el campo del reposo eterno, á la que fué tu querida madre. La Providencia ha decretado que no llene yo la dolorosa tarea.

UN PORTA ANDAS. (A Pablo).—No se olvide de los cargadores, señor, si V. gusta.

(El hijo, agobiado del pesar, da una propina al hombre, sin conciencia de lo que hace, y pasa adelante. Únicamente sale de aquel estado de postración para satisfacer á las peticiones que le dirigen por el camino.)

UNA VOZ.—Dé V. algo, si gusta, para los gastos de la Iglesia.

OTRA VOZ.—Para las almas del purgatorio si V. gusta.

OTRA VOZ.—Para los pobres, si V. tiene la bondad.

VARIAS VOCES.—Por caridad, buen señor, si V. gusta.

UN EXTRAÑO.—(Al oído á Pablo).—Tiene V. bóveda, señor mío? ¿Querria V. un monumento? Tenemos un surtido grande y variado de cruces, columnas, lápidas y mausoleos á precios ínfimos.

PABLO.—Pensaré en ello otro día.

EL EXTRAÑO.—Cuando V. tuviere á bien, señor. He aquí mi tarjeta. Estoy seguro de complacer á V. Soy el yerno sucesor de Mullot, el bien conocido marmolista. No he tenido queja todavia de ningún parroquiano, nunca. También tenemos cuidado de las sepulturas por seis pesos al año, una bicoca. No alcanza ni para las flores.

PABLO.—¿Tiene V. la bondad de dejarme llorar en paz?

EL EXTRAÑO.—Hará V. mal en incomodarse, señor. Vivid y vivamos. Desempeño mi negocio honradamente y ese es mi derecho; V. señor, no tiene ninguno para insultarme. Tra bajo para vivir. No pasa V. de ser un malcriado.

UN CHICO QUE ESTÁ EN PIÉ JUNTO AL SEPULTURERO.—No se olvide de mí, señor, si tiene la bondad. Yo conduje la cruz.

EL CLÉRIGO.—In nomini Patris et Filii, etc. etc.

LOS DOLIENTES.—Amen.

(La multitud se dispersa poco á poco.)

UN HOMBRE.—(Al hijo que está arrodillado). Si V. está contento, señor, sirvase recordar al sepulturero.

(Pablo en el colmo de la indignación arroja á los pies del hombre el último luis que le quedaba.)

EL ENTERRADOR.—¡Veinte francos! ¿Qué veo! No es mas que hijo y paga como si fuera sobrino!

EL DEDO DE DIOS.—He aquí una manifestación providencial que no puede menos de hacer reflexionar á los incrédulos.

Hay cerca de un año que un hombre llamado Rosencrist, en la flor de su edad y el goce de perfecta salud, llegó de Suecia á este país, y fué á fijar su residencia en Chicago. Era sastre de profesion. Siendo cara la vida en la ciudad, envió su mujer é hijos al campo, y se alojó en una casa de huéspedes, donde por largo tiempo no hubo nada en su conducta que infundiera sospecha. Sin embargo, poco después de su entrada allí, empezaron los pupilos á echar de menos objetos de valor, sin saber á quien acusar, cuando el 16 de setiembre último, se advirtió un nuevo robo, y se probó que excepto Rosencrist, ninguna otra persona habia entrado en el cuarto del propietario del objeto robado. En su consecuencia le echaron la culpa. La negó obstinadamente; no se le dió crédito, hasta que, queriendo dar fuerza á sus asertos, exclamó elevando las manos al cielo, como para ponerlo de testigo: "Que se me seque la lengua en la boca, que se me desprenda la cabeza de los hombros, y que Dios me anonade en este instante si soy culpable." Apenas hubo pronunciado esta imprecación cuando titubeó en sus piés y se desplomó muerto en el suelo.

Es de imaginarse la impresion de los testigos de esta escena: los hombres quedaron heridos de espanto, las mujeres se desmayaron, y durante algun tiempo todo fué confusion y pavor. La nueva en un instante se esparció por las cercanías, y no tardó en verse la casa llena de una multitud de gente curiosa no menos que aterrada. Pero la ciencia que tiene la pretension de explicarlo todo por los fenómenos físicos, hecha la autopsia del cadáver, dijo que el hombre habia muerto de una enfermedad crónica del corazon, llevada á una crisis fatal por una emocion violenta.

"Red, White and Blue."

ESTE es el nombre de un barquichuelo que atravesó el Atlántico el verano pasado. Damos aquí su descripcion ilustrada, juntamente con un extracto de su cuaderno de bitácora. Las palabras esas expresan los tres colores de la bandera de los Estados Unidos, que es otro nombre bajo el cual se la conoce.

El *Red, White and Blue* es meramente un bote salvavidas metálico fabricado en Nueva York, aparejado de fragata. Mide 26 piés de largo, 6 piés una pulgada de ancho, y 2 piés una pulgada de puntal con dos y media toneladas de arqueo, poco mas ó menos. Lo tripulaban como patron y grumete Mr. Hudson y Mr. Fitch y un perro favorito. Las provisiones para el viaje consistían de 12 barrilletes de agua con diez galones cada uno, 200 libras de pan, 5 idem café, 2 idem té, 10 idem mantequilla, 4 cajas harenques curados, 12 latas leche, varias idem carne de vaca conservada, pavo, pollo, sopa, etc., 15 libras carne de vaca curada, 17 idem queso, 4 botellas encurtidos, mostaza, pimienta, una botella brandy, otra de whisky, otra de gotas amargas, medicinas, etc.

Los útiles de navegar se componían de una aguja náutica, cuadrante, cartas, regla, compases, barómetro, cordel de corredera, escandallo de siete libras, ancla, 50 brazas de cable, y banderas americana, inglesa y francesa; pero nada que se pareciera á cronómetro, si se exceptua el reloj de plata del patron.

A las cinco de la tarde del 9 de julio, los atrevidos argonautas se hicieron á la mar en su cáscara de nuez. A las siete de la noche ya habia hecho bastante agua y perdidose la lámpara de señales. Durante el primer día de viaje fué imposible hacer lumbre y rindió una singladura de 42 millas. El segundo día abanzó el tiempo, se pudo hacer lumbre y achicar el buque, rindiendo una singladura de otras 42 millas. Siguió la bonanza desde el 12 de julio, y con viento en popa pudieron hacer una singladura de 168 nudos. El 13 advirtieron que el reloj se habia parado por el agua que le entró, y de allí en adelante ya la salida y la puesta del sol era lo único que les quedó para medir el tiempo. El 14 anduvieron 139 millas; pero el 15 ya por la mucha mar, ya por los vientos contrarios, aunque sin duda empujados por la corriente del Golfo, el barquichuelo no pudo navegar mas que 63 millas. En ese mismo día por la tarde, encalmados avistaron una barca á dos millas de distancia. Izaron la bandera nacional; la barca contestó la señal, pero no pudieron reconocer su nacionalidad á causa de que su bandera no se desplegó. La barca siguió en su derrota sin cuidarse de averiguar qué buscaba en las soledades del océano aquel bote que le saludaba de lejos. No debió ser el capitán hombre sensible.

El 20 tuvieron viento de proa, y gracias que el *Red, White and Blue* pudo hacer una singladura de 26 millas. El 22 salieron de la corriente del Golfo, que hasta allí les habia ayudado tanto en su temerario viaje. Por 24 días seguidos no vieron mas que cielo y agua, sol de día y estrellas de noche; pero el 4 de agosto avistaron una barca. El 5, domingo, avistaron otra vela. Esta se les puso al habla, y resultó ser la barca *Princess Royal* de Nueva Escocia. Su capitán les regaló una botella de rom, una lámpara vieja de señales, y dos periódicos ingleses de 24 de julio. Traía diez días de Dublin con destino á Quebec. El 6 hubo mucha mar. El 12 de agosto tomaron la altura, y en 3,300 millas de Nueva York, echaron de ver un error de 60 millas, que era muy poco si se tiene en cuenta que no tenían cronómetro, ni instrumento para medir el tiempo desde el cuarto día de su partida.

Pronto entraron en el derrotero de la marina mercante; pero ninguno de los buques con quienes se encontraron parece que se ocupó del pigmeo, hasta que avistaron y se pusieron al habla de la barca americana *Nellie Merryman*, de Nueva York, su capitán Rawlings, que les dió dos botellas de brandy, una lámpara de señales rota y la derrota del Bill de Portland en Inglaterra.

Al entrar en el canal de la Mancha á toda vela, fueron reconociendo uno tras otro todos los puntos que sirven de señal á los navegantes. Delante de Hastings hablaron con unos

pescadores, por quienes averiguaron que el cable telegráfico habia sido echado con toda felicidad á través del Atlántico por el *Great Eastern*. El 16 entraron al remolque en el puerto Margate, con admiracion de las gentes. De allí salieron el 18 para la boca del Támesis, y les dieron remolque hasta Gravesend.

Este viaje extraordinario se hizo en 34 días de Nueva York á la entrada del canal de la Mancha, en 38 hasta Margate, y en 40 y horas hasta Gravesend. De aquí el *Red, White and Blue* fué trasportado al Palacio de Cristal de Sydenham, donde aun se exhibe y excita la curiosidad y admiracion de miles de espectadores.

No hay memoria de una travesía tan rápida y feliz en buque de tan diminutas dimensiones. Y al decir esto, no olvidamos que cuando después de la batalla de Waterloo un marino francés ofreció salvar en América á Napoleon el Grande en un bote, y este rehusó el ofrecimiento, aquel emprendió el viaje y lo llevó á cabo para probar que podia hacerse. También recordamos que no hace veinte años tres españoles cruzaron el Atlántico de Cádiz á Cuba en un barquichuelo; pero existen puntos de diferencia entre estos botes y el *Red, White and Blue*, que son harto obvias para que nos detengamos en señalarlas.

LUCHA HOMÉERICA.—En el nuevo territorio Colorado, hácia las ocho de una noche de invierno, Kit Lansing, picapleitos bien conocido, se dirigia á su domicilio, á tiempo que un hombre de extraña catadura se atravesó en su camino, y le dijo:—Kit, dame el águila de oro que tienes en el bolsillo izquierdo del chaleco.—¿Cáspita! dijo Kit entre sí. ¿Qué enterado está—amigo, añadió en voz alta, buen tiempo hace que no poseo suma igual para consentir en separarme de ella tan fácilmente. Toma.—Y diciendo y haciendo, alargó el brazo derecho y tendió en la nieve al demandante; porque es bueno que se sepa que nevaba en grande en aquella sazón.

Excusado parece añadir que Kit tuvo la precaucion de cerrar la mano, y que dicha mano cerrada que por costumbre llevaba al extremo de un brazo largo y fuerte, tropezó con la frente del quidam entre ojo y ojo.

Luego que hubo acostado á su hombre, en vez de tomar soleta, como pudiera haberlo hecho mas de un valiente en aquellas circunstancias, Kit solo pensó en darle una correccion merecida. Púsose, pues, á pegarle á mantenido. Ya puede calcularse que el otro no se estaria con los brazos cruzados para que le aporrearan sin piedad. Los diez pesos debían ser la presa del vencedor. ¿Se ha calculado jamas el número de puñetazos que pueden cambiarse por esa suma?

La nevada era furiosa; pero la guerra de los elementos era una bicoca en comparacion de la que las gentes pudieran haber presenciado á haber sido menos sombría la noche. Perdía fuerzas, sin embargo, el demandante, y ahora todos sus esfuerzos se cifraban en desembarazarse de aquel tremendo puño que con tanta valentia defendía el bellocino de oro. Lo consiguió al cabo, y fuese llevándose consigo el sombrero del hércules que habia recogido en la nieve.

—Mi sombrero, bribon; le gritó Kit.
—Kit, hagamos un trato, contestó el ladron, deteniéndose en su carrera. Va V. á enfermarse con la cabeza al aire. Deme los diez pesos y le devuelvo el sombrero.

—Vete al infierno. No daría diez pesos por todos los sombreros de Colorado juntos.

No; pero lo cierto es que Kit se vió en la necesidad de comprar uno nuevo, suceso que causó casi una revolucion en la aldea; pues la multitud le seguía por las calles para asegurarse si era Kit el del sombrero nuevo y no otro personaje. Por fortuna de los 10 pesos le sobraban 2, con los cuales se refugió en la botillería mas cercana.

El Gato y el Filósofo.

Es un hecho conocido de todos que el aire es tan indispensable á la respiracion y á la vida que nos desmayaríamos y moriríamos sin remedio si se nos privase de él por unos instantes solamente. Este hecho es fácil comprobarlo colocando un animal pequeño en una campana de cristal y extraerle el aire por medio de una máquina neumática. Se verá que el animal principia á respirar con fuerza, que jadea, que se desmaya, en fin, que cae y espira, en cuanto se efectua el vacío.

Hacia el experimento cierto día un filósofo con un gato, que puso bajo la campana; pero apenas empezó á faltarle el aire, el astuto animal colocó una de sus manos en la abertura del tubo de la máquina y así impidió que se verificara el vacío. No bien se paraba el bombeo quitaba el gato la mano de la válvula, y la colocaba allí si se principiaba de nuevo la operacion.

Esta advertencia del gato le salvó la vida, pues el filósofo renunció á continuar el experimento.

Lugar en que nació el General Grant.

ESTE lugar hoy histórico, está copiado de un cuadro fotográfico. La casa en que abrió los ojos á la luz el general Grant, se halla en Point Pleasant, en el condado de Clermont, Ohio.

Point Pleasant es una villa de 200 habitantes en las márgenes del río Ohio, veinte y cinco millas mas arriba de Cincinnati, y aparte de las numerosas rocas y cerros que la rodean, no tiene otro atractivo que ser el lugar en que nació el héroe americano. Desde que el general Grant ocupó la casa, no ha sufrido otra alteracion sino la de habérsele puesto un techo nuevo. Al presente está habitada por una familia alemana; pero suponemos que dentro de poco será de la propiedad de Mr. Barnum.

UNIFORMIDAD.—Hasta el año pasado de 1864 los relojes de Bayona tenían dos agujas grandes, una negra que marcaba el tiempo de esta última ciudad, otra roja que marcaba el de París; medio sencillo y excelente de evitar los chascos que podia ocasionar un cuarto de hora de diferencia. Sin embargo, la prefectura y la municipalidad han creído que podia llevarse á mayor perfeccion ese expediente, pues que animados de un espíritu ardiente de uniformidad, han suprimido la aguja diferencial, decidiendo que la hora de París baste y sobre á los bayoneses en todos sus negocios.

En consecuencia, el reloj de la municipalidad marca la misma hora en Bayona, que el del Hotel de Villa de la capital. A reclamacion de la astronomía, replican los concejales que ellos no tienen nada que ver con el sol ni los almanaques. Pero en lo que no han pensado esos padres de la patria es, en que si el corregidor tiene reloj de bolsillo, el obispo tiene tambien el suyo, y la catedral el mal gusto de atenerse á la hora antigua, que es la que cree buena. Así, muchas gentes consultan el cuadrante de su campanario. Ya pueden calcularse los disgustos y trastornos á que es fuerza dé lugar el conflicto entre los relojes públicos de Bayona.

NIVEL DEL MAR.—Queda de nuevo probado que la tierra gana dos piés por siglo en la península Escandinava. En Gudmundakaer se hallaba el suelo en 1670 al nivel del mar; en 1742, aquel se habia elevado tres cuartos de un metro sobre este, y en 1845 ya habia un metro de diferencia entre el nivel de uno y otro. Se ha hecho la misma observacion en Noruega, donde la altura media del agua salada en 1865 era nueve pulgadas inferior á la marcada en 1839 sobre la roca que sirve de hidrómetro. Ademas se han encontrado anillos en otras partes, corroidos completamente, que servian en otro tiempo para amarrar los barcos, los cuales hoy día se hallan á gran distancia de la orilla del mar.

PUENTE.—El que va á echarse sobre el Ohio en Cincinnati, será el mas largo del mundo, pues que tendrá 2,000 piés mas que el suspendido en el Niágara y 540 mas que el de Menal en Inglaterra. Tendrá de largo 1,057 yardas. Los estribos de piedra macisos, se elevarán 110 sobre la cama del puente y 200 sobre sus fundamentos. Se espera que quede listo en un año.

—Las cadenas y la obra de hierro del puente del ferrocarril de Charlotte y Columbia, sobre el río Catawba, Carolina del Sur, estan hechas de los fusiles, bayonetas, bombas, etc., recogidas en los campos de batalla de Virginia, y que estaban almacenadas en la armería confederada de Charlotte, cuando, á la evacuacion de la ciudad, se incendió el edificio. Los señores José R. Anderson y Ca., de la fundicion de Tredegar, las compraron como hierro viejo, y fabricaron con él cables, pernos, etc., para la construccion de dicho puente.

—Un soldado que perdió ambas manos en la guerra, consiguió un órgano movable, y en compañía de su hijo, mozo de 13 á 14 años de edad, ha recorrido las cercanías de Boston cosa de dos años con muy buena suerte, pues ya ha reunido \$15,000, producto de las propinas de la gente caritativa.

Si yo fuera mujer y alguno me amase por hermosa, debería entristecerme. Porque ese amor estriba en cualidades que podia perder de la noche á la mañana, y porque amaban en mí á la materia, que nada vale comparada al espíritu que no tiene precio. Desdenad, pues, á los que solo os aman por hermosas, ¡oh divinidades del barro!

La mujer buena es el regocijo de la casa; la mujer laboriosa es la fortuna de su familia; la mujer que siendo buena y laboriosa tiene alteza en sus ideas, prudencia en sus actos, delicadeza en sus sentimientos: es la bendicion de Dios, el encanto de su marido, la Providencia de sus hijos.

Los que son hombres, cuando se les pregunta por la mujer objeto de su amor, no dicen que es hermosa, sino que es prudente, hacendosa, buena; y si la pierden, recuerdan con lágrimas, no su belleza, sino su virtud.

No hay cosa que refresque tanto la sangre como el trabajo. Siempre encuentra blanda la almohada quien puede decir al acostarse: "He empleado bien mi día." Pero algunas de nuestras nobles mujeres tienen por de buen tono la ociosidad; se envilecerían con trabajos mecánicos; son mas grandes sin duda que la mas grande de las reinas, Isabel la Católica, que tuvo el mal gusto de no desdenar la rueca. Así merecerán para su sepulcro este honroso epitafio: "Aquí yace un ente inútil."

A una mujer llena de gracias, sincera y leal, recta en sus juicios, noble en sus inclinaciones, pura en sus pensamientos, ¿qué le falta para ser un ángel en la tierra? Debe sentirse bastante grande para ser humilde, bastante bella con su virtud para no ser vana.

Esa mujer tiene hijos: apenas los vé por el día, y consagra la noche á bulliciosas diversiones. Eso consiste en que esa mujer los ha parido, pero no es su madre.

¿Quién es esa mujer que á altas horas de la noche golpea su puerta como una extraña? Es mujer que viene de las máscaras, donde ha gozado y se ha agitado y ha saltado la noche entera en brazos de alimbarados galanes. Ahora vuelve á su casa, donde duermen sus hijos, ángeles de inocencia. Entra la fantasma poblada de imágenes turbadoras, y si al pasar por junto á los hijos de sus entrañas los mira, es capaz de mirarlos sin remordimiento.



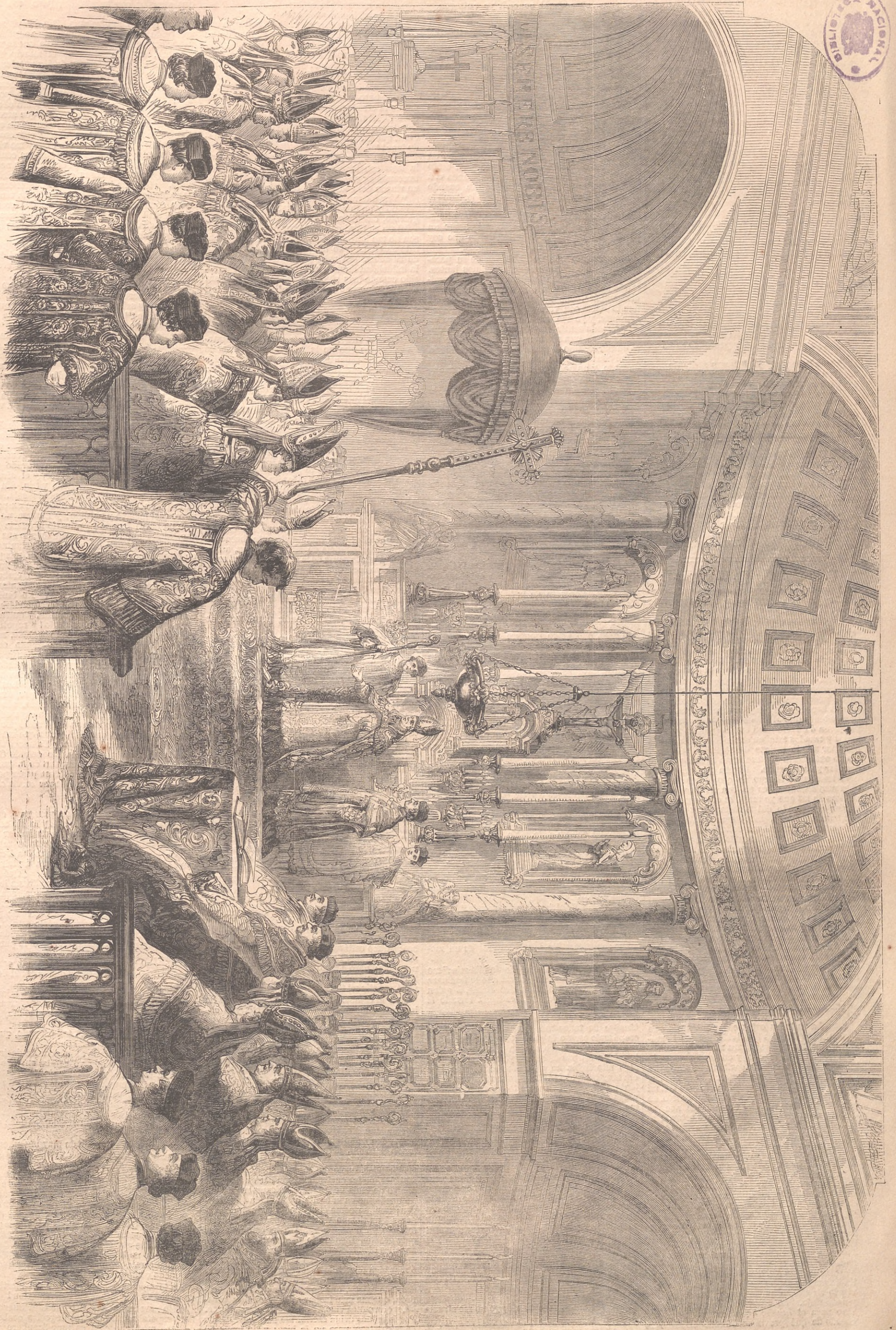
PROCESION DE LOS PRELADOS Y CLÉRIGOS CATÓLICOS DEL PALACIO ARZOBISPAL A LA CATEDRAL DE BALTIMORE, EL DOMINGO 6 DE OCTUBRE.—DISEÑO DE THOMAS HOGAN.



LA CATEDRAL DE NUEVA YORK EN EL INCENDIO DEL 6 DE OCTUBRE.



CONCILIO ECUMENICO DE LOS CERPOS DE LOS ESTADOS UNIDOS EN LA CATEDRAL DE FAIRMORE, MA.—DE UN BOCHTO DE NUESTRO ARTISTA.



Amor Perdido!

Raya el alba! De súbito se inflama
En los mares el trémulo horizonte,
Igneas olas de luz bañan el monte
I doran de las cumbres el perfil.
La alondra canta, y por los aires sube
Al disiparse la tiniebla negra,
La luz irradia el cerro, el valle alegre
I yo ¡qué triste estoy, pensando en tí!

Salpica madre selvas y violetas
Cual lluvia de diamantes el rocío,
I tiemblan junto al álamo sombrío
Las lánguidas estrellas del jazmín.
Flores mil que matizan nieve y gualda
Entre el verdor se ostentan de las hojas,
Muestran rosa y clavel sus tintas rojas,
I yo ¡qué triste estoy pensando en tí!

Con su beso de fuego el mediodía
Viene a incendiar el ámbito del viento,
Quema la tierra su abrasado aliento,
El alma siente agitación febril.
A templar el ardor de la natura
Alegre viene entonces y ligero
Entre rayos de sol el aguacero;
Mas yo ¡qué triste estoy pensando en tí!

El terso lago que con linfa pura
I cual luciente espejo reverbera,
El salto de algún pez fugaz altera
O el ala de algún pájaro sutil.
El prado ondula fértil y lozano,
I la magnolia ofrece en la ancha alfombra
Música, pabellón y fresca sombra
Mas yo ¡qué triste estoy pensando en tí!

Viene la tarde! El Héspero oscilante
Cual ígneo broche del nocturno velo,
Vivo raudal de luz brota en el cielo
Entre celajes del ópalo y carmin.
Corona airoso el astro la colina,
Gime el céfiro leve entre las flores,
Todo inspira placer, ventura, amores...
I yo ¡qué triste estoy pensando en tí!

Es la noche! qué diáfana y serena
Con su manto de estrellas se atavía!
¡Qué unión de sombra, luz y de armonía
Entre la tierra y el azul confin!
La blanca luna con su tibio rayo
El bosque, el mar, el cielo alegre inunda:
I yo ¡qué triste estoy pensando en tí!

J. A. QUINTERO.

El Paraguas de Mr. Thompson.

"Augusta, sería bueno que repasases la marcha de Chopin. A Mr. Thompson le gustaba mucho la música."

Oh! qué cansada estaba yo de oír hablar de Mr. Thompson. Mi pobre tía lo hacía de buen corazón, pero ella no echaba de ver lo que me hacía aborrecer a los hombres solteros a quienes quería que complaciera. Yo era huérfana, tenía cuarenta libras por año y la renta de mi tía moría con ella, así supongo que su deseo de verme casada era tan recomendable como natural; pero para mí era horroroso. Además, tal vez consistía en ser yo una muchacha orgullosa y tonta que el solo hecho de que un hombre joven ó de una edad media (porque solo los viejos y casados estaban excluidos), viniera á la casa por mí, lo hiciese detestable á mis ojos. Yo no extrañaría que esa fuera la razón de no agradaer yo á ninguno. Decían que era bonita (ay! hace tanto tiempo de eso) pero muchachas mas sencillas que yo, con no muchos mas méritos de los que yo tenía, se colocaron á premio en el mercado del matrimonio, y yo continué llamándome Augusta Raymond sin que nadie pensase en mí ni me solicitase. A mí no me importaba. Solo lamentaba que mi tía importunara á aquellos desgraciados lo mismo que á mí, con vanos esfuerzos para que hiciese yo impresion en ellos y ellos me agradasen á mí. Sin embargo, ella era mi mejor amiga y yo la quería tiernamente. Así me senté al piano, toqué la marcha de Chopin y repasaba para entretener al aficionado M. Thompson, que debía venir por la noche y que no sabía, pobre hombre! que estaba convidado á pasar una semana con nosotras con la sola idea de que se enamorase de la sobrina de su prima segunda. Yo no lo había visto desde que era muy niña. El era entonces joven, alto, triqueño y serio, y se hallaba en el camino de la prosperidad. Ahora era rico, á lo menos para una muchacha tan pobre como yo, pero él era Mr. Thompson y yo lo aborrecía; además debía estar hecho un viejo.

Pensaba en todas estas cosas mientras que tocaba, pero después las olvidé, porque la música divina era entonces para mí una pasión.

Vivíamos en el campo, y un jardín pequeño pero hermoso rodeaba la casita de mi tía. Era esta baja, con cuartos espaciosos, algo oscura, pero particularmente bonita. A lo menos á mí me lo parecía. Yo quería mucho el cuarto en que estaba tocando. Era el mejor de nuestra casa; y en el que acostábamosnos. Había una mesa central con diversos libros, algunos de los cuales eran amigos viejos, y otros amistades nuevas y agradables. Floreros, cestas de costura y sillas muy cómodas, hechas para leer ó soñar en ellas, aumentaban los atractivos de este lugar. Yo gozaba de ellos aun estando tocando, aunque entonces como las ventanas estaban todas abiertas, me dejaban entrever el jardín florido, con el cielo azul sobre sus árboles que se columpiaban; dando entrada al oír suave de la flor de reseda con cada soplo de aire que en él penetraba. ¿Dónde estais ahora jardín florido y cuarto delicioso? La mano desapiadada del hombre os ha destruido y ya mis ojos no os volverán á ver.

"Mi querido Mr. Thompson!" oí decir á mi tía á tiempo que yo cerraba el piano. Me volví y lo vi; alto, triqueño y serio, muy cambiado y nada viejo. Lo esperábamos para comer y vino para el lunch; equivocación que no recuerdo de qué provino. Cuando él abrió la

puerta del jardín se encontró con mi tía, me oyeron tocar y se pararon á una de las ventanas para oírme. Al concluir yo entraron, y como he dicho, fué entonces cuando lo vi. Yo no supe este sino después; me gustó desde aquel momento, pero no estoy cierta de que á cualquiera otra muchacha le hubiera gustado Mr. Thompson. El era á no quedar duda bien parecido, y tan agradable como entendido; pero tenía un modo extraño y brusco con que era capaz de sobresaltar á los que no lo conocían. A mí me agradaba eso sin embargo. Me interesaba esa eccentricidad que no lo llevaba nunca demasiado lejos, y aquella ligera falta de pulimento con queazonaba todo lo que decía y hacía. Me gustaba todo excepto su paraguas. Esto era lo que yo detestaba. Era sólido, maciso y terriblemente estorbo. Lo llevaba en la mano en aquel día claro y seco; y en tanto tiempo, como duró nuestra amistad, nunca vi á Mr. Thompson sin él. Últimamente cuando nuestra intimidad había progresado le llamé la atención sobre esto. "Si, me dijo de buen humor, confieso que es mi favorito. Mi primera ambición, cuando muchacho, fué poseer un paraguas y mi mayor felicidad desde que soy hombre es andar con él."

Por supuesto que no hablamos de su paraguas la primera ocasión que estuvimos juntos. Mr. Thompson alabó la pieza de música y mirándome de lleno á la cara me dijo que tocaba divinamente. Lo dijo sin preámbulo y conocí que lo decía con verdad. Mi tía estaba muy contenta, y yo me sentí complacida; pero en cierto modo sentía que Mr. Thompson me trataba como á una niña; y esto sucedió no solo entonces, sino después en todas ocasiones. ¡Qué pesadez! Yo me lo figuraba viejo antes de verlo, y no podía tenerlo por tal ahora que él me trataba como una niña.

Mr. Thompson no permaneció solo una semana con nosotras, sino un mes. ¡Oh, mes venturoso, con sus largos días de oro, sus deliciosas noches, y su música y dulce conversación! ¡Podré olvidarlo jamás? Si él despertó fué amargo dejarme recordar que el sueño fué dulce y feliz!

Mr. Thompson nos iba á dejar á la mañana siguiente, y estábamos en el jardín. Yo sabía para este tiempo cuáles eran mis sentimientos por él; pero aunque él era cariñoso yo dudaba que él pensaba mucho en mí, y cuando me dijo: "Augusta, tengo algo que decirle á V., mi corazón empezó á latir, solía llamarme Augusta algunas veces por haberme conocido cuando niña; pero nunca lo había dicho con tanto cariño como aquella noche."

Ay! supongo que muchas mujeres tienen que pasar por las amarguras que entonces experimenté. Mr. Thompson había visto á mi prima Jessie en casa de la señora Gray: le pidió su mano y le fué concedida.

Al momento que oí nombrar á Jessie comprendí cuál era mi suerte. Sin intentar, según creo, había sido siempre un estorbo á mi felicidad. Me había exagerado la amistad de mi mejor amigo, la voluntad de mi pariente mas cercano; yo no era realmente la sobrina de mi tía sino de su difunto marido, y ahora me privaba del amor del único hombre en quien ponía mi pensamiento. Seguramente que no era la culpa suya, pero, oh, qué duro me parecía esto á mí! El ruiseñor cantaba en los árboles que nos cubrían, purgas y brillantes estrellas alumbraban el cielo, el jardín estaba lleno de fragancia, y Mr. Thompson seguía derramando en mi oído las alabanzas de Jessie. Era tan hermosa, tan brillante, tan natural, y tan agradablemente inocente! ¿Y para qué suponían Vds. que me dijo todo esto? Porque quería que me fuese á vivir con ellos. La salud de mi tía había declinado últimamente, y suponiéndome prevenida de la probabilidad de perderla pronto, manifestó sus deseos de que yo contara con un asilo. Yo prorumpí en sollozos.

"Querida niña," me dijo con viveza, "si yo no me fuera no la hubiera adifido á V.; yo sé que V. tiene un corazón muy bueno, su buena tía puede vivir muchos años, pero á no ser así, Jessie y yo..."

"Hágame V. el favor de no seguir," le dije. No lo podía sufrir. Mientras mas me alababa y mas era su bondad, mas lloraba yo, y mas desgraciada me sentía; por fin á instancias mías, se retiró. Me calmé después de un momento y entré en la casa.

"Tócanos la marcha de Chopin hija mia:" me dijo mi tía. Pobre tía! quería que lo fascinara hasta lo último: no sabía que Jessie, á quien ella tenía tanta aversión, me había tomado la delantera.

La toqué otra vez: era esta vez, la marcha fúnebre de todas mis esperanzas. Un triste crepúsculo oscurecía el cuarto, y ellos no podían ver las lágrimas que corrían por mis mejillas; toqué bien según dijéron; y yo creo que así fue: algo mío había en aquella música, y ese algo era muy triste. Mr. Thompson vino y se sentó junto á mí, cuando acabé: la criada trajo luces y una carta para mi tía. Mientras que ella leía, me dijo él en voz baja:—

"V. lo pensará."

"Le suplico á V. que no siga," le dije.

"Pero V. no sabe cuánto la aprecio, continuó él; y V. haría un bien á mi inesperta Jessie; pobrecilla! Además tengo un pensamiento:—

Esto lo acabó de completar: adifiné su pensamiento; él tenía un hermano menor á quien me destinaba; casi me lo había dicho aquella noche en el jardín. "Sería para Juan, que era un mancebo algo falto de peso todavía, cuanto mas podía convenirle." No pude soportar esto; me levanté y me fui á donde estaba mi tía, y le pregunté, qué noticias tenía.

"Noticias y muy grandes," me respondió aterrada. "Se va á casar Jessie con mi primo Mr. Norris, que podría ser su padre. ¿Qué irá á hacerse con esa coquetuela?"

Hubo una pausa.

Mr. Thompson se adelantó; yo no me atrevía á mirarlo.

"¿Cuál Jessie es esa?" preguntó. "Segu-

ramente que no es la prima de Miss Raymond."

"Sí, la misma, ¿la conoce V.?"

"La he visto en casa de Mrs. Gray."

El hablaba con mucha calma; supongo que no lo creyó; lo compadecí en el fondo de mi corazón.

"Puede que no sea verdad, tía," dije.

"Que no sea verdad! me lo escribe ella misma; ahí tienes la carta."

Lo miré á él entonces; estaba pálido como la muerte, pero muy firme; no daba ninguna señal de la cruel tempestad que reinaba en su interior. Mi tía tuvo que salir del cuarto.

"Augusta," me dijo echando una mirada á la carta que mi tía me acababa de dar ¿la puedo leer?"

No tuve valor para negárselo; le di la carta; la leyó con la misma compostura, y después buscando su paraguas, que estaba siempre en un rincón del cuarto, dijo con mucha calma:—

"Voy á dar un paseo."

Salió y no lo vimos mas hasta la mañana siguiente, cuando se fué.

Mi tía se llevó chasco al ver que Mr. Thompson no me había pretendido; y yo me sentí herida en el fondo de mi corazón por la frialdad de su adiós. Mi mérito se había rebajado con la infidelidad de mi prima; mi brillo no había sido cuando mas sino una luz refleja. Yo era apreciada porque Jessie era amada.

Esta se cambió en Mrs. Norris poco tiempo después de esto. Se celebró el matrimonio en casa de mi tía por consideraciones á Mr. Norris, que era pariente suyo, y á quien desagradaba mucho Mrs. Gray. "La entremetida" la llamaba él, y creo que no le faltaba razón. Jessie estaba muy brillante, y parecía muy feliz. Me mortificaba sin piedad hablándome de Mr. Thompson: estaba segura decía, de que Mr. Thompson me había hecho la corte, y me miraba con cruel intención cuando hablaba; pero yo no hacía traición ni al secreto de él, ni al mío; y aunque ella me molestaba cuando murmuraba de él con Mr. Norris, especialmente sobre su paraguas, me quedaba callada.

"Estoy segura de que se casará con su paraguas debajo del brazo," dijo la noche antes de su matrimonio; "¿No te parece?"

No le contesté; me fui al jardín admirándome de que ella hubiese interesado á Mr. Thompson. Ay! debía haberme admirado de que él, sin procurarlo me hubiese interesado á mí.

El matrimonio de Jessie era un golpe para mi tía; había creído siempre que yo me casaría antes que ella; y se veía cruelmente chasqueada con la indiferencia de Mr. Thompson, adviniendo quizás la causa de la alteración de mi semblante; yo creo que me puse pálida y decaída por aquel tiempo; y estaba tocando siempre la marcha de Chopin.

"Mi querida Augusta," me dijo mi tía una noche; "¿no es eso muy triste?"

"Me gusta tía," le respondí; pero resolví no tocarlo mas.

"A Mr. Thompson tambien le gustaba, me dijo suspirando; y añadió de pronto: se me hace extraño que no te pretendiese."

Me quedé muda.

"Siento haberlo convidado á que viniese aquí, continuó; no puedo menos que pensar..."

"No siga V. por favor!" dije interrumpiéndola.

Ella no insistió; pero quiso que me sentara á su lado; me acarició y poco á poco logró arrancarme mi secreto.

"Pobre hija mia!—me dijo después de confesárselo yo todo, "puede ser que se incline á tí todavía."

"No tía, no lo hará nunca; pero no se inquiete V. por mí; me he propuesto olvidarme de eso y lo haré."

Dije esto con resolución, y mi tía me lo alabó.

"Has sido siempre la mejor de las muchachas, me dijo tiernamente, y estoy muy contenta de ver que has tenido confianza en mí; no había pensado en salir de aquí este año; pero sin embargo te voy á llevar á las orillas del mar, debes cambiar de lugar, hija mia."

Me besó, y recuerdo que me sentí consolada y feliz, en aquel cuarto oscuro, sentada al lado de mi tía, mirando al cielo estrellado. El ruiseñor cantaba lo mismo que aquella noche triste en que yo me sentí tan agobiada de pesadumbre; se me saltaron las lágrimas al acordarme de su bondad y de mis infundadas esperanzas perdidas: pero ya no había amargura en mi tristeza. "Debes cambiar de lugar," me volvió á repetir mi tía.

Ay! el cambio lo trajo la mañana. Mi tía no bajaba á almorzar. Subí á su cuarto, y la encontré dormida tranquilamente.—Oh! pero su sueño era demasiado tranquilo y profundo. Los tiernos ojos que se habían fijado en mí con tanto amor, estaban cerrados; la voz que me había hablado siempre con alabanza y encarecimiento estaba callada para siempre.

Yo supongo que no era culpa de Jessie que su marido fuese el heredero de mi tía; pero á mí me pareció eso muy duro. Pobre y querida tía! siempre tuvo el pensamiento de hacer testamento á mi favor; pero nunca lo hizo. Me dijeron que Mr. Norris se había portado muy bien. Me cedió el piano que había sido comprado para mí, algunos objetos mas, de muy poco valor, y la ropa de mi tía. Se quedó con las prendas, que eran muy buenas, y con los muebles, de los cuales dijo, con bastante razón, que yo no tenía necesidad. Además me permitió quedarme en la casita hasta el día de la Virgen; aunque como él no podía vivir en dos lugares á un tiempo y tenía que pagar el alquiler estando yo ó no, no venia á ser esto un favor muy grande. Dios me lo perdone; creo que en aquellos días tristes que se siguieron estuve muy maligna. Tenía algunos amigos que hicieron, ó mas bien dijeron lo mejor que les ocurrió; pero había uno que no se acercó á mí, que no daba señal de existir, que no tenía una palabra cariñosa, que me dejó luchar sola en mi dura prueba, y que nunca vino á hacerme un ofrecimiento. Por lo menos debía escribirme para consolarme en mi tristeza, pero no lo hizo; y sin embargo

estaba casi siempre en casa de Mr. Norris; Jessie me lo decía. Es verdad que tenía negocios que arreglar con su marido; pero, con todo, ¿cómo podía ir allí?

Pues iba, y aun hizo mas. Mr. Norris se dió una caída de un caballo una mañana y fué llevado á su casa muerto. Jessie se quedó viuda y pobre, según decía todo el mundo. Mr. Norris no era rico, apesar de las apariencias, y dejó muchas deudas. Fui á verla una sola vez; la encontré fria, insensible y provocativa, en medio de su aflicción; sin embargo, yo hubiera vuelto si Mr. Thompson no fuera el albacea de Mr. Norris. Tenía negocios que arreglar con la viuda, y yo no podía mezclarme en ellos; además yo no podía verlos juntos; esto era torpe é inútil; pero así era. Mrs. Gray me visitaba á menudo; no puedo decir que me consolaba mucho; me dió infinidad de consejos necios, y me dijo muchas cosas que era preferible no oír. ¿Qué me importaba á mí entonces que los negocios lo tuvieran siempre y hasta tan tarde en compañía de Jessie? Los dos eran libres, y si él prefería perdonarla y casarse con ella, y si ella volvía á casarse por interés; ¿qué me importaba á mí? repito.

Sin embargo, me parece que si me importaba, porque cuando Mrs. Gray se separó de mí una tarde en el mes de febrero, me creí la criatura mas desamparada de la tierra. Ella había tocado otra vez la cuerda, de que Mr. Thompson parecía estar muy apegado á Mrs. Norris; "¿y sabes, añadió, que él creía que tú te habías ido?" "¿Qué! no se ha ido? me preguntó;" "¿no se ha ido á Londres?" "Por supuesto que no; ¿y para qué se había de ir á Londres?" No me respondió, pero por algo que dijo me parece que él creía que estabas comprometida para casarte. "¡Ojalá que así fuese, pobrecita!" le respondí; "es muy duro estar tan sola, siendo tan joven!" "No dudo que él piense del mismo modo, y por tal de que Mrs. Norris no esté sola, será que va á verla tan amenudo."

De este modo me atormentaba hiriéndome con cada palabra, hasta que al fin me dejaba en mi desconsuelo. Yo miraba al fuego, que estaba bien encendido y brillante; pero la soledad pesaba sobre mí; además había nevado y el cielo oscuro, y el jardín blanco, y el aire en calma, producían en mí tristeza y frío. Sin embargo, yo no estaba enteramente sola. Al principio el invierno había recogido un pobre perro casi muerto y perdido; y aunque no era sino un perro lanudo y ordinario lo quería mucho. Este animal había abandonado sus costumbres de vagancia de muy buena voluntad; y en este momento se hallaba echado á mis pies. Pobre Carlo! él no se cuidaba del día de mañana ni pensaba en lo futuro; y sin embargo ¿por cuánto tiempo lo podría yo alimentar? y si lo echaba ¿quién lo recogería? No tenía ni juventud ni hermosura que lo recomendará, no tenía mas que su honrado corazón, y quién haría caso de eso? "Pobre Carlo!" repetí yo; y como mi corazón estaba tan henchido, saltaron las lágrimas á mis ojos pensando en la suerte que le esperaba. Creo que pensaba en otra suerte al mismo tiempo; me acuerdo de una vision que se me presentó en las lumbres; cómo fué esto, solo el cielo lo sabe. Los ví á los dos como sin duda estaban siempre, examinando documentos que leían juntos, alzando luego los ojos y cruzando miradas cuya expresión nadie podría equivocar. Yo no sé por qué volvía á representarme imágenes que me afligían tanto; pero así sucedía. Ya hacia tiempo que Mrs. Gray se había ido cuando Carlo dió un corto ladrido; la campana de la puerta sonó, vi una sombra alta y confusa pasar por la ventana, y una muchacha que me servía abrió la puerta, diciendo:

"Señorita, Mr. Thompson."

Me levanté; él entró con su paraguas, como siempre, y Carlo corrió hacia él y le dió con el rabo la bienvenida. Yo no pude hablar una palabra, tal era mi agitación; estaba segura de que venia á participarme que se iba á casar con Jessie, y á rogarme que fuera á vivir con ellos, ó alguna cosa por el estilo. ¿Qué otra cosa podía traerlo? ó tal vez como Jessie le habría dicho que yo no me había ido, sentiría pena al saber la verdad de su larga indiferencia; y vendría á darme alguna excusa; pero no dió ninguna; me preguntó cómo estaba, tomó una silla, me miró con alguna sequedad, y sin esperar mi respuesta, dijo que le parecía que yo no estaba buena.

"Oh, no estoy enferma," le respondí, con alguna indiferencia; "espero que la salud de V. sea buena, Mr. Thompson."

Dijo que se sentía bien; se puso á mirar el fuego, y por unos momentos nos quedamos en silencio. Yo hablé primero; y no fué muy cortés mi ocurrencia.

"Oí decir que estaba V. tan ocupado, que ya había perdido la esperanza de verlo."

Me sentí mortificada al acabar de decir esto; él podía creer que yo estaba enojada por su larga ausencia y ciertamente no lo estaba. Pero él recibió muy bien mi indirecta. Me respondió que era verdad que había estado muy ocupado, pero que ya no lo estaba; y añadió que Mrs. Norris se había ausentado por la mañana. Mi corazón dió un vuelco, pero me quedé muda.

"Creo que no se ha ido de muy buen humor, continuó; el sobrante que queda á su favor es muy pequeño, menos de lo que yo esperaba; apenas le quedan cien libras al año, y esto y algunas joyas constituyen el producto neto que le resta de su matrimonio. Desgraciadamente estas especulaciones no se pueden repetir muy á menudo. El capital de la hermosura y de la juventud no tiene sino un tiempo limitado; está muy expuesto á perderse y su primera inversión debe ser la mas productiva. Como á Mrs. Norris no le salía bien, se ha chasqueado, eso es natural; pero V. debe suponer que yo no puedo compadecerla mucho."

Así lo suponía yo, pero cuánto me mortificaba aquella fria é insensible conversación!

"Me parece," añadió, "que esta buena señora esperaba que nuestros negocios acabaran de otro modo; lo cual es muy lisonjero para

mi vanidad, á menos que solo demuestre el valor que tengo en el mercado: ¿no es así?"

Yo no quise contestar á esta pregunta, su voz y su modo me desagradaron. De pronto levantó los ojos para ver los míos, y "¿llegó este rumor á V?" me preguntó.

No lo podía negar, mi cara estaba encendida, creo que balbucí algunas palabras, pero no sé lo que dije.

"Conque llegó á sus oídos?" dijo él no muy complacido, "el mundo es muy bondadoso. Y V. lo ha creído! Yo esperaba otra cosa de V!"

Mostróse muy mortificado, pero yo no le ofrecí ninguna disculpa. Entonces hablando con cierta ceremonia, pidió permiso para manifestar el negocio que lo había traído, de suerte que era un negocio! me desprecié á mí misma al ver que mis locas esperanzas no estaban muertas todavía, y le dije que hablase.

Estaba yo durmiendo ó soñando? Mr. Thompson me habló de mi tía, de su cariño por mí, y de mi situación desamparada; y expresó el mas vivo deseo de cuidar de mí.

"Pero," añadió como dudoso, "no puedo hacer eso sino de un modo, y es con el carácter de marido de V. ¿Podrá V. prescindir de las peculiaridades de mi carácter, que solían desagradar á V. si no me engaño, y tomar en cuenta solamente lo que haya en él de bueno y apreciable? ¿Podrá V., querrá V. hacerlo así?"

Me miró con desconfianza. Ah! este fué uno de mis momentos mas amargos. El pensaba tan poco en mí, que no había visto nunca, ni sospechaba que yo lo quería, y esperaba que yo lo aceptara de ese modo. Yo me apretaba y retorcia las manos con fuerza; no podía hablar.

"Y V. Mr. Thompson," dije por fin, "y V..."

"Y bien, ¿qué quiere V. decir de mí? ¿que si puedo hacerlo yo?"

"Si; ¿lo puede V?"

"Por de contado, si nó no lo hubiera propuesto."

Se sonrió de la duda que mi pregunta encerraba y me miró al mismo tiempo. Tanto la sonrisa como la mirada me exasperaron.

"Mr. Thompson," le dije incomodada; "yo no merezco eso; Carlo, aquí."

El pobre lanudo se acercó meneando el rabo, puso la cabeza en mi regazo y me miró con cariño y atención, como saben mirar los perros cuando quieren leer lo que expresa el semblante humano.

"Era un desamparado," dije mirando á Mr. Thompson, "yo no soy de tan poco valor para ser rebajada al nivel de este pobre animal. Yo puedo cuidar de mí misma."

Mr. Thompson se recostó en su silla y dejó escapar un silbido de desaliento al hacer yo este libre comentario de su proposición.

"Bueno," dijo volviendo en sí poco á poco. "Yo podría comprender que V. no me quisiese, pero no esperaba que V. lo recibiese de ese modo."

"¿Y cómo había de recibirlo?" dije yo, "V. me compadece y yo desprecio la compasión. Ah! Mr. Thompson, si yo no fuese la pobre y desamparada niña que soy, sentiría V. ó hablaría de ese modo? ¿Cree V. que yo no sé cómo se hace la corte á las jóvenes ricas? Si V. me amara por poco que fuera, ¿sería ese el lenguaje de V. para mí?"

"¿Qué lenguaje?"

"¿Qué quiere V. decir con cuidar de mí?"

"Lo que he dicho. Si, Augusta, deseo cuidar de V.; cuidar de V. con amoroso cariño; no hay nada que pueda hacerme desdecir."

El habló con animación y el rostro varonilmente encendido; pero yo no quise retroceder y dije con mal humor que no quería que nadie cuidase de mí.

"Dejemos estas palabras penosas, continuó él, y dígame V. si se quiere casar conmigo, sí, ó nó. Si V. lo prefiere, díganos que V. me cuidará á mí; y por cierto que yo soy mucho mas viejo que V."

No sé qué fué lo que por mí pasó; dije que nó. Oh! cuánto hubiera deseado recoger la palabra! pero ya estaba dicha, y él se levantó con semblante ceñudo y chasqueado. Se detuvo un instante y preguntó otra vez si era sí ó nó; yo respondí que nuestra unión no podía ser feliz, y despidiéndose él con gravedad se retiró. Creo que estaba sentido porque no añadió otra palabra. Ninguna protesta de amistad, ni buen deseo, ni esperanza con que yo pudiera cambiar de pensamiento, salió de sus labios. La puerta se cerró tras él; oí la del jardín cerrarse tambien, y yo caí en una especie de estupor. Todo se había acabado para mí. ¿Qué locura me había hecho desterrarlo? Cada paso que daba lo alejaba de mí, nunca, nunca mas volveríamos á vernos; y acaso no me habría dejado si hubiese habido franqueza de mi parte. Ah! si yo le hubiera dicho: "no puedo ser feliz con V. porque yo amo y V. nó; porque mi amor y mi orgullo se resentirían constantemente si fuera esposa de V.; porque me es mas fácil renunciar su consorcio que aceptarlo de ese modo." Si yo le hubiera dicho esto, ¿habría terminado así nuestra entrevista? Era muy tarde ya para pensar en eso, pero no muy tarde para llorar. Escondí el rostro en la almohada del sofá en que estaba sentada, y lloré y sollocé como si se me despedazara el corazón.

La nariz del pobre Carlo que tocó la mano que yo tenía colgando hacia fuera sobre las faldas del vestido, me hizo levantar, alcé los ojos y vi á Mr. Thompson, estaba encendido y aparentaba diligencia.

"Se me olvidó el paraguas," dijo un poco agitado.

Si, allí estaba en un rincón el horrible paraguas de Mr. Thompson; pero él, en lugar de ir á buscarlo, vino de pronto á sentarse á mi lado. Yo no sé cuál estaba mi semblante, pero me sentía muerta de vergüenza. El me tomó la mano y la besó.

"Mi querida Miss Raymond," me dijo en un tono persuasivo, "¿por qué no había de ser feliz nuestra unión? No puedo soportar la idea de dejarla á V.; ciertamente que no puedo."

Yo le miré de un modo desconfiado.

"¿Entonces me ama V. de veras?" le dije. "Que si la amo á V? pues qué es lo que he estado diciéndole siempre?"

"V. me dijo que quería cuidar de mí."

"Oh, si hubiéramos de volver á las andadas!" dijo con severidad. Pero no volvimos á las andadas, porque ya la mas desgraciada de las mujeres se sentía la mas feliz. Sin embargo yo no estaba del todo satisfecha.

"V. no habría vuelto si no fuera por su horrible paraguas," le dije con celos.

"Si, es verdad," repuso él con su sonrisa particular, "yo volví y miré primero por la ventana, y la vi á V. con la cara escondida en la almohada, y á Carlo mirándola, como si le pareciera extraño que estuviese V. tan desolada; entré por mi paraguas, pero á decir verdad, lo había dejado olvidado de propósito."

Puede ser que él dijera esto solo por agradarme, pero al mirar su semblante no lo creí así; y aunque hace muchos años que vivimos juntos, no he variado en esto de parecer.

MODAS.

EXPLICACION DE LOS FIGURINES.

1.—VESTIDO DE SEDA VERDE adornado con una randa de azavache y arregazado en el lado derecho sobre enaguas verde oscuro por cadenas de azavache y borlas. Corpiño abierto al frente con vueltas y caponas de seda verde oscuro. Mangas de chupa y *peplum* basque y



GORRITA LAMBALLE.

cinturon verde oscuro al igual de las vueltas y caponas del corpiño.

2.—ENAGUAS DE CASIMIR ESCARLATA adornadas con randa negra. Vestido color de moda de tela de la Emperatriz, arregazado por detrás á la Richelieu, como se arregazaban sus vestiduras los abades. Saco de paño negro adornado con azavache y flecos de llama. Cintas negras flotantes por detras desde el cuello, adornadas con azavache. Gorra Lamballe adornada con azavache y terciopelo escarlata.

3.—VESTIDO DE SEDA AZUL adornado con galones de terciopelo negro salpicados de cuentas negras. Este adorno cubre todas las costuras y adorna el paño delantero. Levitilla alta con faldones largos y adornos que corresponden con



PEPLUM.

los de la saya. Gorra de terciopelo azul adornada de canutillos y encages.

4.—VESTIDO DE COLOR DE FUEGO moaré antiguo, cuyas costuras van cubiertas de un rizado de raso dividido por un listón de terciopelo sembrado de azavaches. El corpiño alto de faja redonda está adornado de un rizado angosto imitando un corselete de peto. Tres cintas de terciopelo van colocadas al frente del corpiño con adornos de azavache. Mangas de chupa adornadas en las bocamangas con lazos de raso y flecos de azavache, y en las botas con un galón ó bocadillo en raso salpicado de azavaches.

5.—VESTIDO DE SEDA COLOR MAIZ. Corselete y banda de raso color violeta, adornados con encages de seda de Cluny, y pendientes de perlas. Camisita escotada blanca adornada con melindres y cintas de terciopelo angostas color violeta.

6.—VESTIDO Y PEPLUM DE POPLIN IRLANDES COLOR HABANA OSCURO. La saya va adornada

de un galon de seda negra angosto, al capricho, imitando doble falda. El *peplum* está riveteado de seda negra y tiene en las puntas bolas de azavache. Mangas de chupa adornadas con galones de seda negra. Gorra de terciopelo adornada con un pájaro y azavaches.

7.—VESTIDO DE SEDA COLOR LILA. Saya lisa con cola larga y muy sesgada. El corpiño tiene la forma de una casaca ajustada, abierto al frente sobre una camisita de corte bajo, adornada al rededor con un rizado del mismo género. Sobre este traje se lleva un cinturón an-



cho atado con una roseta grande. Las mangas angostas tienen un rizado por el mismo estilo en las bocamangas y en las botas.

8.—VESTIDO DE POPLIN COLOR DE ACERO.

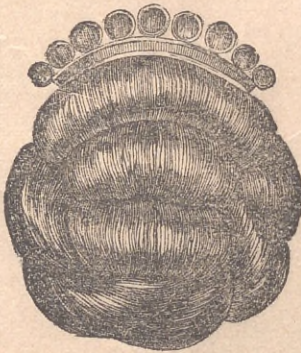
Por todo el ruedo y el paño delantero de la saya corren unos cortes almenados sujetos en los ángulos con botones de nácar, y adornados de cintas de terciopelo de dos anchos. Corpiño alto redondo. Chaqueta del mismo material, adornada de la propia manera que la saya. Enaguas de casimir azul. Sombrero negro de castor adornado con velo largo de gaza azul.

Para la mejor inteligencia de nuestras amables lectoras, vamos á hacer una descripción del *peplum*, acompañándola de una viñeta que puede verse en esta página. Consiste de varias piezas del mismo género del traje, adheridas unas á otras por melindres, generalmente negros sobre viso blanco, que todas juntas forman los faldones de una levita, y se sujetan á la cintura por medio de una faja ó cinturón



fijo. Cuando se pone nadie diría sino que hacia parte integrante de la levitilla. Las ventajitas del *peplum* nadie puede desconocerlas.

Tambien acompañamos unas cuantas cabezas para dar idea de los peinados de última moda. La gorra, el adorno característico de las americanas, ha sido destronada por los *plattillos*, cuyo tamaño ha ido menguando de modo que ya apenas cubre la corona de la cabeza. Se usan de varias formas; pero los mas recientes son cuadrilongos adornados de azavaches. Tambien estan en voga los sombreritos de forma oblonga, ala angostita y retorcida adornados de plumas que imitan el sauce lloron. Estos sientan bien en las cabezas rubias de las jóvenes que han pasado de los quince. Los mismos sombreritos adornados con una pluma blanca de avestruz ó de faisán dorado, son propios de las pelinegro.



Sobre peinados seria difícil decir lo que mas se usa. Los mas extravagantes y raros se ven ahora, y se acerca la estación de su reinado absoluto, el invierno, en que las americanas abren sus salones de baile. Por una parte la pobreza del cabello de las mujeres de esta porción de la América, por otra las exigencias de la moda, hacen que todo sea postizo y exagerado en los peinados del día. El globo de cabello ha es-

dido su lugar al rodete, y este á las trenzas y bucles entrelazados. De todos modos, no son los adornos que mas gracia prestan á las cabezas americanas.

El lugar de una madre es junto á sus hijos; ella es el ángel de su guarda, y ellos la corona de su virtud.

Botes Fruteros en el Puerto de la Habana.

PARA los lectores de LA ILUSTRACION en Cuba no es sin duda alguna objeto de curiosidad el asunto representado en el adjunto cuadro; pero para los extranjeros es uno de los mas pintorescos y extraños que pueden ofrecérsele al entrar en el puerto de la Habana.

Un viajero americano ha expresado recientemente sus impresiones poco mas ó menos de esta manera:

Ante mis ojos se descubrian como en un panorama, los barrios extramuros de la ciudad que se dilataban hacia el oeste, á lo largo de la pedregosa costa, sobre la cual se rompian las olas unas tras otras con toda la indolencia del clima tropical. A la izquierda se alzaba el famoso castillo del Morro, que hace la friolera de mas de dos siglos contempla con ceño la población inerme. Detras, coronando un aliteroso cerro en forma de herradura levanta sus rojas murallas la fortaleza de la Cabaña.

Enagena los sentidos el perfume delicioso que traen de la costa las alas de la gentil brisa; porque es fuerza reconocer, que en ninguna parte como allí despiden la tierra olores tan suaves, para calmar la irritación producida por tres ó cuatro dias de navegación. No parece sino que millones de flores despiden á un tiempo su regalado perfume, el cual se confunde en la atmósfera; como si las faldas de las verdes colinas que se alzan inmediatas á la costa, estuviesen pobladas de naranjos, limoneros y de toda suerte de plantas aromáticas y olorosas.

En una palabra, miéntras llegaba el permiso de entrar, la escena que teníamos delante nos pareció de encantamiento, y nos hizo recordar las que habíamos gozado en el Oriente. Y así que entramos y dimos fondo, millares de botes, que llaman guadaños en el país, nos rodearon por todas partes, aunque nadie de los que los tripulaban se atrevió á saltar á bordo de nuestro buque hasta tanto que la sanidad y la policía pasaron la visita y se dió á los pasajeros permiso para saltar en tierra. Varios de los botes venian cargados de frutas, tabaco y comestibles secos.

Los vendedores se ponian roncós y se fatigaban de tanto gritar y ponderarnos la bondad de sus efectos. Comprendimos que esto querian darnos á entender mas por sus acciones que por sus palabras, pues no conocíamos el español y ninguno de ellos hablaba inglés. Inútil trabajo, porque las frutas con sus perfumes melosos se expresaban en silencio con mucha mayor elocuencia. La piña, el plátano, la naranja, con su aspecto y sus olores, que trascendian por todas partes, aguzaban nuestra sed y nos convidaban á comerlas y calmar la necesidad de refresco que se siente tras un viaje por mar, sea cual fuere su duración.

El grabado da una idea aproximada del espectáculo.

Las gemelas de la Carolina del Norte.

HAN cesado de ser un fenómeno raro los gemelos de Siam, cosa en que se convalida fácilmente luego que expliquemos el de las dos negritas de la Carolina del Norte. El ligamento de los hermanos siameses tiene unas dos pulgadas y media de diámetro, situado en la región del estómago, y siendo este su único punto de contacto, es distinta la individualidad de cada uno. No sucede lo mismo con las gemelas de la Carolina del Norte. El ligamento de estas se efectúa por la espalda y se extiende desde el espinazo hasta las bajas costillas, siendo sola una la columna espinal en todo el punto de contacto. De allí para arriba la columna se divide en dos ramas, para formar dos distintos seres humanos, con separados estómagos, corazones, cabezas, brazos etc. Del punto de unión para abajo, se repite la dualidad; pero los nervios sensorios, que tienen su centro en la columna espinal, afectan ambas hermanas precisamente en el mismo grado, al paso que fuera del punto de contacto la acción es independiente. Para expresarnos con mas claridad, dirémos, que si una persona tocara á Millie, nombre de una de las gemelas, en el dedo grueso del pié, Cristina, nombre de la otra hermana, sentiría la misma impresión; pero no sentiría ella, por ejemplo, el pellizco que se diera á Millie en el brazo, ó en cualquiera otra parte de su cuerpo mas arriba del punto de enlace de las dos.

Pero lo mas curioso de este fenómeno humano es que, al paso que el corazón de una de las muchachas está en su verdadero lugar, el de la otra está á la derecha. Las pulsaciones de las dos no son uniformes, sino que alternan, jugando ambas con la regularidad del péndulo. Para su condicion en la vida las gemelas son entendidas é inteligentes. Cantan, juegan, bailan, leen, escriben y conversan con todos con vivacidad y buen humor. Cuando no tienen que hacer charlan ellas entre sí sin cesar casi, y las dos hablan con diferentes personas sobre diferentes asuntos al mismo tiempo. Parecen ellas muy contentas en su extraña unión, declaran que no creen estar molestas, y repiten que si fuera posible separarlas, mirarían como una desgracia su separación.

Las gemelas tienen hoy unos 14 años, y nacieron en el condado de Columbus, de la Carolina del Norte. Los padres son saludables y bien conformados, y ademas del extraño par que hemos procurado describir, la madre ha dado á luz diez y seis hijos, siendo todos estos perfectos.

En el grabado, la fisonomía de las gemelas se ha conservado con exactitud.



POINT PLEASANT, CONDADO DE CLERMONT, OHIO. LUGAR DONDE NACIO EL GENERAL GRANT.

El Conde Bismarck.

Si hemos de llenar nuestro deber de cronistas, fuerza es que nos ocupemos, siquiera no sea mas que de paso, del hombre que hoy es, por unánime confesion, una de las primeras notabilidades de Europa. Como la mayor parte de los que considera grandes la historia antigua y contemporánea,—este estadista debe su fama á la fuerza de voluntad ayudada por la fuerza... bruta. En efecto, no de otra manera pudiera haberse elevado tan alto, un hombre que ayer era un embajador de una corte de tercera clase, despues de haber sido el representante de las ideas retrógradas en una asamblea de progresistas.

Karl Otto Von Bismarck auf Schönhausen,

nació en Brandenburg en 1813, año hecho célebre por el levantamiento general de la Alemania contra Napoleon el grande, y aunque por diferentes caminos y opuestas tendencias, le estaba reservado representar en esa parte de Europa el papel que siete años hace representó Cavour en la península italiana. Este hizo uso de su talento como estadista para establecer en Italia el gobierno constitucional, Bismarck luchando contra los amigos de la constitucion de su patria, ha hecho del gobierno de Prusia un gobierno absoluto.

Nada prometia al principio de su carrera la celebridad que ha alcanzado en nuestros dias. Completó su educacion en las universidades de Göttingen, Greifswalde y de Berlin, sin que se señalara por otra cosa que por su carácter

inquieto y el desenfreno de sus hábitos. Aunque de origen noble, no poseia su padre grandes bienes de fortuna; pero uno que otro miembro de su familia habia desempeñado altos puestos y gozaba de influencia en la corte. El joven Bismarck, despues de haber sido elegido miembro de la asamblea provincial, y servido una superintendencia, fué escogido para representar su país en la Dieta de Prusia en 1847. Aquí fué donde hizo la profesion pública de los principios políticos que han contribuido mas que otra cosa á su engrandecimiento y á su celebridad. Para decirlo de una vez, se declaró absolutista acérrimo en el sentido mas lato de la palabra, hasta que ha logrado establecer en su país el gobierno en que ha soñado desde que entró en la carrera pública.

Quedó excluido de la asamblea nacional germánica en 1848, y volvió á ella el año siguiente con el triunfo del partido reaccionario.

En 1851 se estrenó en la carrera diplomática, aceptando el nombramiento de secretario de la embajada de Prusia en Frankfurt, desde cuyo puesto, por un modo repentino y misterioso, se le elevó á embajador en la Dieta federal. De allí pasó á servir la misma plaza en la corte de San Petersburgo, donde entró en relaciones íntimas con el príncipe Gortschakoff.

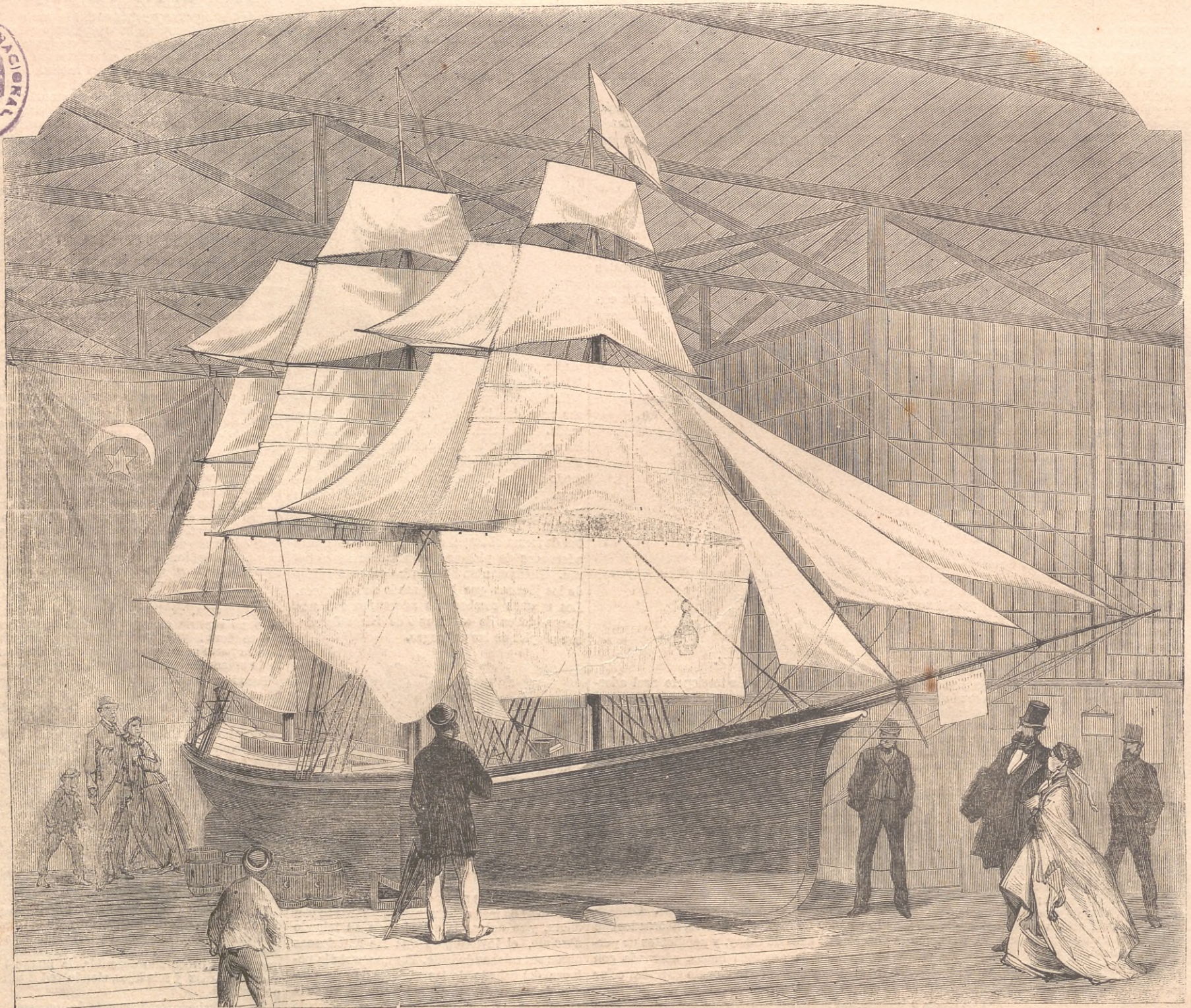
Luego que ascendió al trono de Prusia Guillermo I, volvió Bismarck á Berlin y por insinuacion del ministro frances se le nombró ministro plenipotenciario á la corte de las Tullerías. En 1862 se le llamó de este puesto para desempeñar la presidencia del Ministerio de su patria con la cartera de negocios extranjeros. He aquí por qué caminos llegó Bismarck al pináculo del poder. Desde entónces él ha dirigido la política de Prusia; habiendo provocado y precipitado sin duda alguna la guerra con Austria como medio de facilitar la plantificacion de un sistema de gobierno en su país, que ya no consiente el progreso del siglo. Pocas veces se ha visto mas audacia, unida á mas firmeza de propósito en un estadista de nuestros tiempos, y esto disminuye en parte la extrañeza que nos



EL CONDE BISMARCK.

causa el haberle visto triunfar sobre los principios liberales de la mayoría de sus conciudadanos mismos. Como quiera que sea, la conducta de este estadista y las consideraciones que alcanza, prueban una vez mas, que la Europa todavía puede ser gobernada por la fuerza.

—El profesor G. Stevens, de Copenhague, se ocupa en redactar una noticia detallada de las "Inscripciones rúnicas antiguas setentrionales, pertenecientes á la edad de hierro de Dinamarca." El libro saldrá ilustrado de *fac-similes* y alfabetos. El número solo de piedras conservadas en las colecciones públicas y particulares en Dinamarca, se calcula en 40,000.



EL "RED, WHITE AND BLUE," EL BUQUE EN MINIATURA QUE CRUZÓ EL ATLÁNTICO RECIENTEMENTE EN 34 DIAS DE NUEVA YORK Á LAS COSTAS DE INGLATERRA.—VÉASE LA PÁG. 55.

El Primer Granadero de Francia.

Existió por muchos años en cierto regimiento de granaderos franceses una costumbre bella, que tenía por objeto conmemorar el heroísmo de un camarada perdido.

Cuando se reunían las compañías en formación y se pasaba la lista, había un nombre á que nunca se daba la contestación de "presente": era La Tour d'Auvergne.

Al llamarlo, daba un paso adelante el sargento mas antiguo, tocándose la gorra con la mano, decía con orgullo:

"Murió en el campo del honor."

Catorce años duro esta costumbre, que no cesó sino despues de la restauración de los Borbones, que por complacer á sus directores extranjeros vedaban cuanto podía contribuir á conservar el espíritu del soldado francés.

La Tour d'Auvergne mereció bien en su vida la honra que se le tributaba despues de muerto: había sido educado para la carrera militar, que emprendió en 1767, y en 1781 sirvió á las órdenes del duque de Crillon en el sitio de Puerto Mahon. Se distinguió siempre en el servicio, pero se negó constantemente á admitir ascensos, repitiendo siempre que solo era apto para mandar una compañía de granaderos; pero al fin, habiéndose reunido varias compañías de granaderos, se halló mandando un cuerpo de ocho mil hombres, aunque con solo la graduación de capitán.

Por esto era conocido como el primer granadero de Francia.

Pero no nos proponemos describir sino una de sus hazañas en particular, no toda su carrera.—Mas de cuarenta años de edad tenía

cuando fue a hacer una visita á un amigo suyo que vivía en una camarca, que á poco iba á ser teatro de una campaña. Mientras estuvo allí procuró informarse bien de las circunstancias de aquellos lugares, no pareciéndole improbable que algun día llegase á serle útil este conocimiento; y aun estaba allí cuando supo con asombro que la guerra se había ido aproximando

rápidamente hacia aquel lugar, y que un regimiento austriaco marchaba á ocupar un paso estrecho como á diez millas de donde él estaba, cuya posesión le permitiría impedir un movimiento importante que meditaban los franceses. Confiaban los austriacos en la sorpresa, y marchaban con tal rapidez que ya no distaban mas de dos horas del pueblo en que

comer con buen apetito lo que al efecto había llevado consigo, y se sentó á esperar, habiendo formado con firmeza la heroica resolución de defender el fortín él solo contra el enemigo.

Había circunstancias que le favorecían en esta empresa: el paso era pendiente y estrecho, y las tropas enemigas no podían entrar en él sino de dos en fondo, con lo cual se expo-

él se hallaba, y por donde tenían que pasar para ir á su destino. Poco importa saber cómo lo supo; baste decir que en el acto resolvió ponerse en movimiento.

Lo que ménos le ocurría era poder caer en manos del enemigo, y al punto se puso en camino para el paso; sabiendo que éste se hallaba defendido por un fuerte torreón y una guarnición de treinta hombres, á quienes se proponía avisar del peligro.

Apresuróse á llegar y encontró el torreón perfectamente ileso: acababa de evacuarlo la guarnición, que al saber que se acercaban los austriacos, sobrecogida de un terror pánico huía dejando abandonadas sus armas, que eran treinta fusiles excelentes.

Crugieronle los dientes de rabia á La Tour d'Auvergne al descubrir esto. Registrando el fortín encontró varias cajas de munición que no habían inutilizado aquellos cobardes, y por un instante se entregó á la desesperación; pero en seguida, sonriéndose con una expresión particular, se puso á asegurar la puerta principal, amontonando tras ellas cuanto pudo haber á las manos. Hecho esto cargó todos los fusiles que allí había, y los colocó junto con una buena provision de municiones, bajo las troneras que dominaban el camino por donde habían de pasar los enemigos.

Púsose entonces á comer con buen apetito lo que al efecto había llevado consigo, y se sentó á esperar, habiendo formado con firmeza la heroica resolución de defender el fortín él solo contra el enemigo.



EL PRIMER GRANADERO DE FRANCIA.—"UN GRANADERO DE TEZ BRONCEADA Y LLENA DE CICATRICES, COMPLETAMENTE CARGADO DE FUSILES, CAMINABA CON DIFICULTAD BAJO EL PESO DE SEMEJANTE CARGA."



BOTES FRUTEROS EN LA BAHÍA DE LA HABANA.—VÉASE LA PÁG. 59.

PUBLICACIONES DE FRANK LESLIE.

SEMANALES.

"Frank Leslie. Ilustracion Americana."
"Frank Leslie's Illustrated Newspaper."
"Frank Leslie's Chimney Corner."
"Frank Leslie's Illustrierte Zeitung." (Aleman.)
"Frank Leslie's Boy's and Girl's."

MENSUALES.

"Frank Leslie's Budget of Fun."
"Frank Leslie's Ladies' Magazine."
"Frank Leslie's Pleasant Hours."

FRANK LESLIE.

Ilustracion Americana.

Galle de Pearl No. 537.

NUEVA YORK, 14 DE NOVIEMBRE DE 1866.

"EL TELÉGRAFO."

SUPLEMENTO GRATUITO A LA

"ILUSTRACION AMERICANA."

Con este título comenzamos hoy a publicar un papel de cuatro páginas, suplemento a LA ILUSTRACION, que contendrá las últimas noticias, tanto políticas como de otra clase, del país y del extranjero, y las competentes revistas marítima, comercial y del mercado.

1.º. Publicará EL TELÉGRAFO, además de las noticias, revistas detalladas del mercado monetario de Nueva York y Londres, el movimiento marítimo de los Estados Unidos y de la América española, así como también los precios corrientes de las principales producciones de esos países en su comercio con el mundo, y las exportaciones de esta plaza.

2.º. EL TELÉGRAFO tratará de no mezclarse en polémicas políticas o religiosas, pero sí cuidará de tener al corriente a sus lectores de todo lo que ocurra, extractando para ello sus noticias de los periódicos que merezcan más fé.

3.º. EL TELÉGRAFO como órgano imparcial de los intereses hispano-americanos, se esforzará en hacer conocer los recursos de esos Estados, y para ello publicará todos los documentos públicos, mensajes de presidentes, discursos de gobernantes, memorias de ministros, estados de aduanas, noticias estadísticas y bibliográficas, y de empresas de utilidad general. Como no podrá llenar debidamente esta parte de su misión sin la ayuda de los amantes del progreso de las instituciones y países hispano-americanos, los editores de EL TELÉGRAFO recibirán con gratitud todo papel, documento o apunte que se les envíe con ese digno y civilizador objeto.

A los Literatos.

PARA llenar como es debido la misión civilizadora del periódico ilustrado, cuya publicación regular hemos emprendido desde el 7 del corriente, solicitamos la cooperación de los escritores de la América española. Nuestra empresa es grande cuanto difícil, útil al mismo tiempo que interesante, cumple pues que digamos con franqueza que no bastan nuestras propias fuerzas para llenarla en todas sus partes con felicidad. No sería tampoco el periódico el reflejo de la civilización y del carácter americano, si su redacción se redujese a las producciones meramente de sus actuales redactores. Por eso anunciamos que recibiríamos con gusto toda composición en prosa o verso, tales como novelas, cuentos, descripciones de viajes o de países, de costumbres o hábitos, biografías, disertaciones, poesías, etc., escritas con brevedad y sencillez, en estilo claro y ameno, propias de la índole de este periódico.

Las composiciones que se nos remitan para su publicación en LA ILUSTRACION AMERICANA, las pagaremos al precio que se convenga entre el autor y los redactores, con arreglo a una pauta que en su caso daremos a conocer. Preferiríamos, sin embargo, que cada autor fijase el precio de su composición a tiempo de remitirla a esta oficina. Si no la aceptamos, la tendremos hasta que se reclame, esperando que entonces se nos envíe el porte de correo para la devolución.

Concilio Plenario.

Como fieles cronistas debemos a los lectores de LA ILUSTRACION AMERICANA la relación de un suceso no menos raro que importante. Nos referimos a la reunión del Concilio plenario de la jerarquía católica de los Estados Unidos de Norte América, que tuvo lugar el domingo 6 de octubre. Que este ha sido el más célebre de cuantos se han celebrado en el hemisferio occidental, lo pregonan el número grande de prelados y clérigos que a él concurrieron de todas partes de la Union y el objeto que presidió a su celebración.

Todo cuanto sobre ello pudiera expresar el pincel, ya expresado en las dos láminas que acompañan este número de LA ILUSTRACION. La primera representa la procesión de los prelados y clerecía católica marchando del palacio arzobispal a la catedral de Baltimore, uno de los edificios mas bellos y espléndidos de cuantos de su especie existen en el país. En el conjunto y hasta en algunos pormenores no ha dejado que desear el artista. La otra lámina representa las ceremonias que precedieron a la apertura del concilio en el interior de dicha catedral. También aquí el artista ha copiado d'après nature.

Ahora trataremos de dar una idea del carácter y objeto del concilio.

En un sermón que predicó el arzobispo Spalding en la catedral de Baltimore el domingo precedente al de la reunión del concilio, se encuentra una reseña histórica de los que hasta hoy ha habido en la cristiandad, así como la indicación del objeto del que acaba de celebrarse en Marylandia. Los concilios son tan antiguos como la iglesia, pues se sabe que San Pedro concurrió al primero que se celebró en Jerusalem para tratar sobre si los gentiles recién convertidos se someterían o no a la circuncisión. Fué notable el que adelante se celebró en Nicea que es el segundo, y al cual concurrieron 318 prelados de todas categorías. En este se trató de la heregia de Arrio. Desde entonces, hasta el famoso de Trento, hubo 18 concilios generales, los ocho primeros en la parte oriental y los diez restantes en la parte occidental de la cristiandad.

El espacio que medió entre el concilio de Nicea y el de Trento no bajó de diez y ocho siglos. Como es sabido que los concilios generales se convocan para defender artículos de fé y establecer principios de disciplina, de los dos aquí nombrados, el último resultó ser el mas famoso é importante; porque su objeto especial fué combatir la Reforma de Lutero, que apoyaban los príncipes de Alemania.

Fuera de esos concilios se conocen otros particulares, que se subdividen en diocesanos, provinciales y plenarios. Los primeros se limitan a la diócesis y los componen el obispo con su clerecía; los segundos los preside un arzobispo y los componen los obispos sufragáneos. El número de estos es de cuatro ó cinco para cada arzobispado, bien que en los Estados Unidos, con excepción de las archidiócesis que dan sobre el océano Pacífico, las cuales no tienen mas que dos ó tres sufragáneos, suben a siete y ocho en los demás Estados de la Union. Por último, los concilios plenarios son aquellos a que asiste mas de un arzobispo.

Concilios plenarios, pues, ha habido en Africa, recordándose todavía el de San Agustín, convocado para apagar la heregia de Pelagio; y en España, donde San Isidoro de Sevilla convocó el célebre de Toledo, para extirpar la heregia de Arrio entre los visigodos.

Decretóse en el concilio de Trento que se celebrasen diocesanos anualmente, y provinciales cada tres años por orden especial del obispo. Desde que el de Trento cerró sus sesiones los obispos han convocado concilios diocesanos y plenarios siempre que lo han creído conveniente. El mas importante de estos fué el celebrado en Milan bajo los auspicios de San Carlos Borromeo. La jerarquía católica de los Estados Unidos del Norte América, ya lleva celebrados seis de esos concilios y once sínodos.

"Es un hecho glorioso, dice el arzobispo Spalding, que nosotros aquí en los Estados Unidos bajo la amplia égida de la libertad civil y religiosa, hemos sido los primeros en restablecer estos concilios cuando por mas de doscientos años no se conocían en Europa. Nuestros concilios son anteriores, al menos en número de siete, a todos cuantos se han celebrado allí; hecho que atesta con satisfacción el Cardenal Wiseman en la Revista de Dublin. La gloria de haber sido el primero en convocarlos en este país pertenece al muy reverendo Dr. Whitfield en consorcio con su contemporáneo el piadoso obispo de Charleston."

Datan de 1849 los que se han celebrado en Europa, Francia, Alemania, Inglaterra é Irlanda. Pero el que abrió sus sesiones en la ciudad de Baltimore el 6 de octubre de este año, puede considerarse como el mas grande de cuantos se han celebrado en la cristiandad desde el de Trento acá, si exceptuamos dos ó tres celebrados recientemente en Roma, bajo la presidencia del Santo Padre. Al de Baltimore han concurrido (por lo menos estaban citados) 7 arzobispos, 38 obispos, 3 abades mitrados, 49 curas idem, y sobre 120 clérigos, por todos 207 individuos. Allí se veía el arzobispo de San Francisco, Estado de California, con sus sufragáneos.

En el número total de prelados y clerecía se puede calcular que una tercera parte la componían naturales de los Estados Unidos, los restantes eran naturales de otros países, aunque americanos por el tiempo de su residencia en el país y por sus afectos. Así es que, además de la Union, estaban representados en dicho concilio, España, Alemania, Francia, Irlanda, Bohemia, Hungría y el Canadá.

El Papa comisionó al arzobispo Spalding para convocar el concilio de Marylandia, bajo cuyo nombre será conocido en la historia de la iglesia católica. Conforme a las palabras de dicho convocador, entre otros objetos el concilio se reunió para tratar del establecimiento de nuevos obispados en los territorios del distante Oeste y sobre todo para impartir instrucción religiosa a la raza de color, que la necesita ahora mas que nunca. Atendiendo a que las actas del concilio de Marylandia debe conocerlas el mundo cristiano, se redactaron en latín, que es en cierto modo la lengua universal. Su contenido, entre tanto, se explicará a los fieles por medio de cartas pastorales, cuyos borradores ya están preparados. Pero los acuerdos en latín no serán decretos ni se publicarán hasta

tanto los examine y sancione el Papa, quien como cabeza de la iglesia, tiene facultad de revisarlos, reformarlos, alterarlos y aun prohibirlos.

Por regla general las sesiones de los concilios son privadas, aquí, sin embargo, por respeto al espíritu de las instituciones del país, se ha prescindido de eso, y de este modo han podido concurrir al concilio de Marylandia no solo los interesados ó correligionarios, sino todos aquellos atraídos por mera curiosidad. Uno de los obispos murió de resultados de la fatiga que le ocasionó el viaje de su remota diócesis hasta el lugar de las sesiones en el lado acá del Atlántico.

El domingo 21 de octubre cerró por fin sus sesiones el gran concilio de Marylandia en medio de ceremonias imponentes, á que les daba mas interés la presencia del Presidente de los Estados Unidos. La misa la dijo Monseñor Obin, arzobispo de Nueva Orleans y predicaron sermones los de San Luis, Baltimore y Cincinnati. Despues de la misa se dió lectura á los decretos en latín, y en seguida cada miembro del concilio firmó su nombre al pie del documento.

Incendio de la Catedral de San Patricio.

En otro lugar hallarán nuestros lectores una vista de las ruinas de esa iglesia católica, en los momentos en que las llamas la envolvían en todas sus partes. El cuadro es tanto mas exacto, cuanto que el artista de LA ILUSTRACION lo diseñó cuando se consumaba la catástrofe.

Ocurrió en la noche del espasmo octubre, entre las nueve y las diez de ella. Y no principió el incendio por la catedral, sino por un edificio de Broadway, á dos cuadras de distancia: pero el viento arrebató y arrojó sobre su viejo y reseco techo algunas pavesas, que prendieron al punto y no fué posible apagarlas por la elevación. En media hora escasa todo el edificio se vió envuelto en devoradoras lenguas de fuego. Ocupaba el espacio casi comprendido entre las calles Mulberry, Mott y Prince, con el frente para la segunda de estas; y ántes que acudieran los bomberos, sin embargo de hallarse inmediatos, se iluminó el edificio como por magia y por los vidrios pintados de sus ventanas, irradiaba miles de rayos de luz descompuesta en todos los colores del iris. A parte de su lado triste y desolador, el espectáculo no carecía de belleza y sublimidad.

Al presente, no quedan en pié del suntuoso edificio católico, mas que algunos lienzos de pared, coronado el que da á la calle de Mulberry, por una gran cruz dorada, hasta donde no llegaron las llamas en su curso devorador. Salváronse igualmente las vestiduras y vasos sagrados, junto con las cenizas de los obispos Dubois, Hughes, Concannon y Conolly, que estaban encerradas en magníficos sepulcros á ambos lados de la nave principal.

Se construyó la iglesia de San Patricio en 1811 por monseñor Dubois, obispo de Nueva York, y fué la segunda de esa denominación erigida en dicha ciudad. Debióle muchas mejoras y aumentos al segundo obispo de la diócesis monseñor Hughes en 1838.

La pérdida material se calcula en 100,000 pesos, de los cuales unos 46,000 están asegurados. Se le participó la catástrofe por telégrafo al obispo actual monseñor McCloskey, que se hallaba en Baltimore, donde se celebraba el concilio ecuménico de los obispos católicos en los Estados Unidos.

Por mucho que sea de lamentarse una desgracia como esta, quizás el incendio de la catedral de San Patricio contribuya á acelerar la fábrica de la nueva catedral que ha tiempo se levanta en la Quinta Avenida, cerca del Parque Central. Por sus cimientos de granito y mármol blanco, y sus materiales arriados, se comprende que será, cuando se concluya, una de las catedrales mas bellas y costosas, de las que se han levantado al culto católico en este continente.

Y aquí conviene que digamos una palabra sobre las calamidades de esta especie que ocurren en el país, mas á menudo tal vez que en otras partes. No hay que atribuir la causa á descuido característico ó malicia reprensible del pueblo americano, sino á la gran actividad y al movimiento incesante en que vive, móviles de su prosperidad y estupendo desarrollo.

—Quite allá, señorita, que me quema; le decía un jóven á una muchacha bonita que tenía el pelo de color de fuego, y con quien estaba resentido por no sabernos qué motivo.

—No haya miedo caballero, replicó ella que entendió la indirecta, está V. muy verde todavía.

—Segun aparece en la memoria leída en la Academia Española por el señor secretario, la biblioteca selecta de autores españoles que el año pasado acordó publicar dicha corporación, ha sido inaugurada con una elegante edición de la Araucana, de don Alonso de Ercilla, con la biografía de este afamado poeta y juicio crítico de su obra, escritos por el señor don Antonio Ferrer del Río.

La bondad de corazon es virtud que hace bien sonriendo y consolando. Y es tanta su excelencia y lleva tantas ventajas á la hermosura, que un hombre de corazon, casado á disgusto con mujer fea, á la vuelta de poco tiempo se acostumbra á ella, y la encuentra agradable, y al fin la ama cautivado por su bondad.

Para una mujer vana son palabras sin sentido la abnegación y el sacrificio. Si yo la hablo de uno y otro, no me entenderá; me entendería perfectamente si yo le hablase de un baile, y sobre todo, de que ella habia lucido mucho en el baile.

nian completamente á los fuegos del torreón. La guarnición de treinta hombres que habia en él hubiera podido sostenerlo con facilidad contra una división, y un hombre solo iba ahora á intentar defenderlo contra un regimiento. Cuando La Tour d'Auvergne llegó al fuerte, era de noche, y tuvo que esperar algun tiempo al enemigo, el cual tardó en llegar mas de lo que él habia creído; de suerte que llegó á figurarse que habria abandonado la empresa. Pero á eso de media noche percibió su acostumbrado oído el ruido de las pisadas. Este se fué acercando mas y mas, y al fin sintió que los austriacos entraban en el desfiladero. En el acto descargó un par de fusiles en medio de la oscuridad, para hacerles ver que estaba en cuenta de la presencia de ellos y de sus intenciones, y oyó en seguida las prontas y breves voces de mando de los oficiales, suponiendo por los sonidos que las tropas se retiraban del paso. Hasta por la mañana permanecía sin ser molestado, porque el jefe austriaco, dando por hecho que la guarnición habia recibido aviso de su marcha y estaba apercebida para hacerle frente, vió que no podia apoderarse del puesto por sorpresa como se lo prometia, y consideró prudente esperar á la luz del día para emprender el ataque.

Al salir el sol, intimó á la guarnición que se rindiese: un granadero fué quien dió la contestación.

"Diga V. á su comandante—respondió al mensajero—que esta guarnición defenderá el puesto hasta el último trance."

Retiróse el oficial que se habia presentado con bandera de parlamento, y como á los diez minutos situaron en el paso una pieza de artillería y rompieron el fuego contra el fortín. Pero para esto fué preciso colocar el cañon precisamente en frente del fuerte y á tiro corto de fusil; y apenas lo tuvieron en posición cuando rompió un vivo fuego del torreón, continuando con tal eficacia que despues de su segunda descarga se retiró el cañon con pérdida de cinco hombres.

La cosa principiaba mal; y así, media hora despues de retirada la pieza de artillería dió el coronel austriaco la orden de asalto.

Como las tropas iban entrando en el desfiladero, recibían un fuego certero y vivo, de modo que al andar la mitad de la distancia, llevaban ya perdidos quince hombres; con lo cual desalentados se volvieron á la boca del desfiladero.

Tres asaltos mas fueron repelidos de la misma manera, y para la puesta del sol tenia perdidos el enemigo cuarenta y cinco hombres, diez de ellos muertos.

El fuego de la torre habia sido rápido y certero, pero el jefe austriaco habia notado en él una peculiaridad: cada tiro parecia salir del mismo lugar. Cansóle esto alguna perplejidad, pero al fin sacó por conclusión que en lugar determinado del fuerte estaban agrupadas diversas troneras, construidas de modo que dominaban perfectamente el paso.

Al ponerse el sol fué dado y repelido el último asalto; y al oscurecer envió el jefe austriaco segunda intimación al fortín.

La respuesta fué esta vez mas favorable: la guarnición ofrecía rendirse á la mañana siguiente al salir el sol, si se le permitía salir con sus armas y volverse al ejército sin ser molestada, condición que despues de ser considerada corto rato, fue aceptada.

La Tour d'Auvergne habia pasado entretanto un dia agitado: habia empeñado el combate con un armamento de treinta fusiles cargados, pero no habia podido descargarlos todos. Habia disparado con sorprendente rapidez, y precision, pues era cosa bien sabida en el ejército que nunca erraba un tiro. Habia resuelto mantenerse en el puesto hasta conseguir su objeto, que era sostenerlo veinte y cuatro horas para dar tiempo al ejército francés de completar su operación prevenida. Y sabia que despues de esto no seria el paso de ninguna importancia para el enemigo. Por eso fué que al recibir la intimación despues del último asalto, consintió en rendir el fuerte, con las condiciones que se ha dicho. El siguiente dia al salir el sol, se formaron las tropas austriacas en dos alas que se extendían desde la boca del desfiladero hasta el torreón, dejando un espacio entre uno y otro para que pasase la guarnición. La pesada puerta del fortín se abrió lentamente, y á pocos minutos salió de él y pasó por medio de las tropas un granadero de tez bronceada y llena de cicatrices, completamente cargado de fusiles. Caminaba con dificultad bajo el peso de semejante carga. Sorprendidos estaban los austriacos de no ver salir á ningún otro soldado del torreón. El coronel admirado se dirigió hacia él y le preguntó en francés por qué no salía la guarnición.—"Yo soy la guarnición, coronel," dijo el soldado con orgullo.—"¿Cómo!" exclamó el coronel, "¿quiere V. decirme con eso, que V. solo ha sostenido ese fuerte contra mí?"

"He tenido esa honra, coronel," fué su respuesta.—"¿Qué lo indujo á V. á semejante tentativa, granadero?"—"El honor de Francia estaba empeñado en ella." El coronel lo contempló un instante con admiración no disimulada, y quitándose luego el sombrero, dijo con calor:—"Granadero, lo saludo á V. Se ha dado V. á conocer como el mas valiente de los valientes." El oficial hizo que se recogiesen todas las armas que no podia llevar solo La Tour d'Auvergne, y las envió con el granadero á las líneas francesas, acompañadas de un despacho en que se refería todo el asunto.

Cuando esto llegó á oídos de Napoleon, quiso ascender á La Tour d'Auvergne; pero este se negó á recibir el ascenso prefiriendo quedarse como estaba.

Este valiente soldado recibió la muerte en una acción en Aberhausen, en Baviera, en el mes de junio de 1800, y la sencilla pero expresiva escena de llamarlo á pasar lista en su regimiento se comenzó y continuó por orden expresa del emperador mismo.



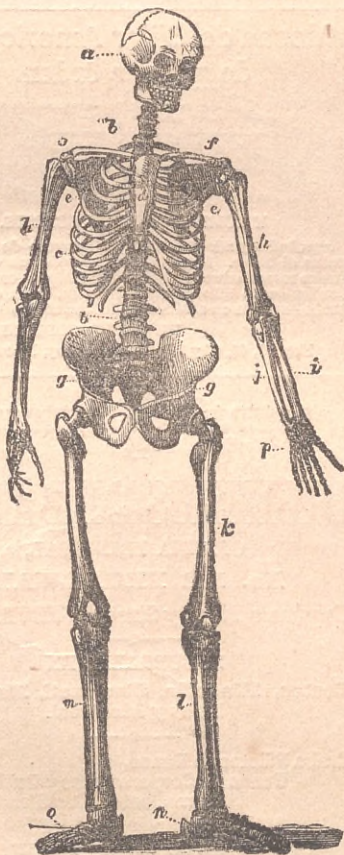
LECCIONES ORALES DEL ABUELO.

EL CUERPO HUMANO.

No hay objeto, por insignificante que parezca, que no sea digno de estudio, pues cada uno de ellos ha pasado por extraordinarias vicisitudes y alternaciones, y tiene además su parte en el plan que se propuso el Creador al formar la admirable máquina del universo.

Escoged el objeto mas despreciable; por ejemplo, el polvo casi imperceptible que deja la leña quemada en el hogar. Esas partículas tan diminutas no ha mucho que fueron partes de un frondoso árbol que derribó en el bosque el hacha del leñador. De su tronco brotaron en otro tiempo ramas donde construyeron nidos las aves del cielo, y solía engalanarse en época determinada con hojas que daban sombra a sazonados frutos. Sobrevino el invierno; las hojas se desprendieron del tronco, se secaron en la tierra y tornáronse al fin en polvo sutilísimo é invisible. Seguid, si podeis, á la hoja que arrastró el viento, tomará en breve una forma nueva; pero no la veréis jamás aniquilarse, es decir, reducirse á la nada. Lo mismo sucede con cualquier objeto en que fijéis vuestra consideración.

Mirad la vasta superficie del océano: continuamente se levanta de ella gran cantidad de agua convertida en vapor, que formando poco á poco espesos nubarrones, vendrán al fin, impedidos por el viento á brotar raudales de lluvia sobre el continente. Estos descendiendo por las faldas de las montañas se abren un lecho por donde corren precipitadamente á devolver al mar cada una de las partículas que en otro tiempo se desprendieron de su seno. Sembrantes hechos se están verificando diariamente á vuestra vista, y tal vez nunca habríais fijado la atención en ellos si yo no os la hubiera llamado ahora. Por lo tanto, hijos míos, todo es grande y maravilloso en el universo; no hay objeto por simple que parezca, ni hecho por insignificante que sea en apariencia que no merezca toda nuestra atención. Estudiar todos los efectos para averiguar las causas que los producen es un deber á que os convida la naturaleza prometiendo os por resultado engrandecer vuestras ideas y recrear vuestra imaginación.



a.—Cráneo.
b.—Columna vertebral.
c.—Costillas.
d.—Esternon.
e.—Clavículas.
f.—Húmero ó hueso del brazo.
g.—Radio ó hueso del antebrazo.
h.—Fémur.
i.—Tibia.
j.—Tibula.
k.—Carpal.
l.—Huesos del tarso.
m.—Huesos del carpo.

Si yo tomara por tema de esta lección cualquiera de los objetos que tenemos á la vista habría materia suficiente para ocupar agradablemente algunas horas; pero empezaremos por lo que se reputa la obra mas perfecta del Hacedor Supremo. No creáis que voy á hablaros del sol ó de objetos lejanos y desconocidos de que no tenéis noticia; voy á hablaros simplemente del hombre.

Es el hombre un ser compuesto de dos partes

distintas. La una material y visible que llamamos *cuerpo* , y la otra invisible y espiritual que se denomina *alma* . Por la primera es el hombre muy semejante á los otros animales; pero la segunda le constituye en un ser único y sin igual entre los demas del mundo que habitamos. Por medio del alma, el hombre piensa, discurre, recuerda lo pasado, preve lo futuro y sobre todo progresa, es decir, perfecciona sus actos, descubre medios de aumentar su felicidad, y los halla tambien para satisfacer mejor las necesidades de su existencia. La abeja y el pájaro construyan al principio del mundo, la una sus panales y el otro sus nidos con la misma perfección con que los construyen hoy, mientras que el hombre que fabricó chozas en las primeras edades del mundo edifica suntuosos y cómodos palacios hoy que vive gozando de los progresos de la civilización.

Dejando para otra ocasion la tarea de hablaros de las excelencias del hombre, hoy me ocuparé simplemente de su estructura material.

El esqueleto, ó sea armazon interior del cuerpo humano, se compone de una multitud de huesos duros pero unidos de modo que sin separarse permiten fácilmente el movimiento en varias direcciones. Es una caja que protege las partes mas vitales del cuerpo humano contra toda violencia externa y sirve al mismo tiempo de apoyo á las partes mas blandas del sistema.

El esqueleto se divide en cabeza, tronco y extremidades. La cabeza consta de dos partes: el cráneo y el rostro. El tronco se compone de espinaza, torax y pelvis. Las extremidades se dividen en superiores é inferiores: constituyen las primeras el *brazo* , el *antebrazo* y la *mano* , y las segundas el *muslo* , la *pierna* y el *pie* .

Toda la armazon del cuerpo humano se compone de doscientos veinte y tres huesos separados. El cráneo contiene ocho, la cara catorce, el oído ocho, la columna vertebral veinte y cuatro, la caja del pecho veinte y seis, la pelvis once, las extremidades superiores sesenta y las inferiores sesenta y cuatro.

Todos estos huesos están cubiertos de músculos que los unen y les permiten moverse. Algunos de estos movimientos dependen de la *voluntad* del hombre como el levantarse, sentarse, encoger ó estirar los brazos y piernas; otros son involuntarios como las palpitaciones del corazón, la respiración de los pulmones, las funciones de la digestión, la circulación de la sangre. Todo esto es lo que constituye la vida animal, pues desde el momento en que cesan estos movimientos, sobreviene la muerte. El hombre, sin embargo, en algunos casos puede verse privado del poder del movimiento voluntario sin dejar de existir.

El cuerpo humano recibe calor y sangre por medio de las venas y arterias que como una maravillosa red se extienden por todas partes del sistema. Los músculos se componen de fibras compuestas á su vez de otras mas pequeñas y todos estos haces están unidos por medio de una *membrana* muy fina llamada *tejido areolar* .

Hay otros nervios que no entran en parte del movimiento, y se llaman de sensación. Tienen su origen en cualquier parte del cuerpo dotada de sensibilidad, como es la piel, y conducen todas las sensaciones al cerebro. Los tendones son las extremidades de los músculos que unen á estos con los huesos: son fibrosos, flexibles y sumamente fuertes.

Los *cartilagos* son substancias de color blanco, no muy flexibles que, unidas con huesos, sirven algunas veces para prolongarlos, y aun con frecuencia se convierten en huesos en las personas de edad avanzada. Son huesos en estado de incompleto desarrollo, y así muchas partes que son cartilaginosas en el niño son óseas en el adulto—por ejemplo, los huesos de la nariz.

Todo el cuerpo está cubierto de un tejido llamado *piel* que si miráis al traves de un microscopio hallaréis muy semejante á los tejidos que son obra de la industria del hombre.

Toda esta maravillosa estructura que os he descrito está dotada de los cinco sentidos, vista, olfato, oído, gusto y tacto cuyos órganos especiales son los ojos, oídos, nariz, la piel y el paladar.

Si algun día os dedicáis á dos ciencias que se llaman la Anatomía y la Fisiología, aprenderéis mucho mas de lo que yo me he propuesto enseñaros en esta corta lección.

La Batalla de Lepanto.

I.

CÁRLOS I de España hizo un día llamar secretamente á uno de los principales señores de su corte, y le habló en estos términos.

“Don Luis Quixada, tú has sido siempre para mí un fiel amigo mas bien que un vasallo; después de haberte colmado de mis favores te he nombrado mayordomo de Palacio solo por tenerne junto á mi persona. Si ahora yo reclamase de tí un favor superior á los que rinde todo cortesano, si te pidiera una prueba señalada de lealtad y agradecimiento, ¿podría contar contigo?”—Don Luis se precipitó á los pies del emperador, y con lágrimas en los ojos le contestó:—“Señor, la muerte no me sería tan sensible como una duda semejante de parte de vos. ¿Es que os he ofendido para que así ultrajeis á un antiguo vasallo á quien amábais?”—“Está bien, continuó Carlos estrechándole afectuosamente la mano; mañana te será entregado un niño que cuenta solo algunos meses. Es un depósito precioso este que yo te confío, porque... es mi hijo. Su nacimiento debe ser un misterio para todos y aun para tí mismo. Edúcale en la ignorancia de su estirpe, y en la incertidumbre de su porvenir, sin que nadie sepa quien te lo ha confiado. Trátale como á hijo tuyo, y ámale como si efectivamente lo fuese, porque mas adelante le hará falta un protector, un amigo que vele por él y aparte los peligros que amenacen sus días. Yo espero que tu serás este amigo.”

La voluntad del emperador era tan sagrada para don Luis, que se retiró con su niño al castillo de Villagarcía, cerca de Valladolid, para dedicarse exclusivamente á su educación.—Allí ayudado de su esposa, le infundió los mas nobles sentimientos, le adiestraba en los ejercicios propios de un ilustre joven, preparándole á soportar con ánimo sereno tanto la suma prosperidad como la infima desdicha.

Por lo que hace al joven, ya se distinguía entre los de su edad. Parecido á su padre en gallarda presencia y bizarría, era tan impetuoso y ardiente en sus designios, como si supiera que era hijo suyo. Escuchaba riendo las exhortaciones de los que lo inclinaban al sacerdocio, y el mismo don Luis Quixada hacia vanos esfuerzos para sofocar sus pretensiones ambiciosas. El joven no soñaba mas que en combates, le estrechaban los muros de Villagarcía, y necesitaba un campo dilatado, en que respirase á su gusto entre el ruido de las armas, el sonido de las trompetas, y el estruendo de una batalla.

Los deseos de su juventud se realizaban al fin.—Este niño era Don Juan de Austria, nacido secretamente en Ratibona, de Carlos I y la ilustre Alemana Blomberg. Don Juan de Austria, que marchaba ya contra los moros de las Alpujarras, que acudidos por Aben-Humeya habían batido á algunos de los generales de Felipe II, reconquistó en pocos días todas las plazas de que se habían apoderado los moriscos rebeldes, y les dió el golpe mortal en las mismas llanuras de Munda, donde César había destruido siglos ántes los restos del ejército de Pompeyo.

Rodrigo estaba vengado al fin, y los vencedores de Guadalete habían sido abatidos para siempre.

II.

El sendero de la gloria estaba ya al descubierto para el joven príncipe, que marchó por él á paso de gigante.—La Europa, amenazada por las incursiones sucesivas de los emperadores turcos, é indignada por la toma reciente de Chipre por Selim, meditaba una nueva cruzada contra el poder Otomano. El vencedor de Munda que apenas contaba veinticuatro años, fué unánimemente elegido generalísimo de las fuerzas navales de España, Roma y Venecia. En el golfo de Lepanto fué donde las dos armadas se encontraron el 7 de octubre de 1571. De un lado Doria, Barbarigo, Venerio, Colona, el duque de Urbino. Alejandro Farnesio, Requesent, Santa Cruz con toda la nobleza de España, Italia y Alemania, á las órdenes de Don Juan, jefe de la expedición; del opuesto bando los almirantes del emperador Selim, Ali, Pestan, los subalternos Uechali, Hasan, Siroco, Mehemet, y los primeros bajás del imperio con la flor del ejército turco. Las dos armadas maniobraron una á vista de otra hasta que los dos almirantes se abordaron y rompieron la pelea. Nunca tantos intereses habían dependido de la suerte de una batalla, y sin embargo se daba en Actium, donde Antonio y Octavio habían jugado siglos ántes el imperio del mundo. Los castellanos, abriendo ancho portillo en la capitana enemiga, saltaron tres veces al abordaje, y tres veces fueron rechazados. Peleaban los paganos no por la victoria, sino por ganar el paraíso que el Corán promete á los fieles creyentes; pero se trataba en aquel día del triunfo de Cristo ó de Mahoma.—Don Juan invocó el Dios de los Alfonsos y Recaredos, y se lanzó en lo mas arriesgado del combate. A la cabeza de los suyos, revestido de su fuerte armadura, y manejando con destreza su terrible espada, iba sembrando al rededor de sí los cadáveres de los que osaban resistirlo. Ali, notando el desaliento de los suyos, y viendo atacada su nave, se arroja en la primera fila con valor desesperado. Entonces el joven de Austria se le ofrece, cual si fuese el ángel exterminador, y se atreve á desafiarle haciendo brillar su acero damasquino. La espada de Don Juan encontrando á la cimitarra del musulmán, la hizo saltar cual si fuera de vidrio, y al segundo golpe se vió á Ali revolcarse en su sangre sobre la cubierta, murmurando estas palabras ántes de expirar: “No hay mas Dios que Dios, y Mahoma es su profeta.”

La sangrienta cabeza de Ali fué colgada de las antenas, abatida la media luna y enarbolado el estandarte de la cruz. Toda la tripulación fué pasada á cuchillo; los caballeros de Malta reconquistaron su galera capitana que habían apresado los enemigos: los cautivos cristianos rompen sus esposas y atacan á sus tiranos, para vengar en su sangre sus enconados ultrajes. Los galeotes que iban al remo en nuestras naves, con la esperanza de alcanzar libertad, acometen á los turcos con furor irresistible.—Los gritos de “victoria,” resuenan por todas partes; victoria brillante en la que veinte y cinco mil turcos muertos, diez mil prisioneros, veinte mil cautivos rescatados, ciento treinta naves apresadas y otras tantas echadas á pique, enseñaron á los turcos que ya no les sería dado invadir la Europa, y que el Todopoderoso, al dejarlos apoderarse de Constantinopla, había dicho á la media luna “no pasarás de aquí.”

III.

El aplauso del triunfo acompañaba á Don Juan por todas partes. Su nombre era pronunciado con júbilo en los templos, en los palacios y en los campos de batalla. Todos reconocían en él la régia estirpe de que procedía, y el mismo anciano Pontífice entusiasmado con la noticia de tan gloriosa victoria aplicó á Don Juan aquellas palabras del evangelio; *fuit homo missus á Deo cui nomen erat Joannes* . Hasta el mismo Felipe II su hermano pareció poseído de este sentimiento universal. Recibió á Don Juan ante toda su corte; sus felicitaciones parecían sinceras; pero encubrían la desconfianza y el recelo. El engrandecimiento de Don Juan hacia sombra á Felipe cuyo carácter sospechoso le hacia recelar hasta de su hermano. Este, por su parte, tampoco se encontraba á gusto junto al rey; así es que permaneció poco tiempo en España: estaba demasiado ansioso de gloria; había llegado ya la copa

á sus labios, y quería apurarla hasta la última gota. Corrió á donde había peligros que arrostrar y enemigos que vencer. Atravesó la Francia disfrazado para ir á reemplazar en Flandes al duque de Alba, prometiéndose seguir con los flamencos un sistema diverso del de su antecesor. Al llegar al Luxemburgo se preparó á combatir con un digno rival suyo, el príncipe de Orange. No le abandonó la fortuna en esta expedición, consiguió importantes victorias, y hubiera terminado la lucha si de España le hubiesen enviado los socorros oportunos. Mas Felipe observaba todas sus acciones, y jamás le confirió mando en un ejército capaz de ayudarle á realizar sus miras.

Don Juan de Austria sentía mucho esta negligencia del rey en enviarle socorros, y no podía llevar con paciencia la inacción en que se hallaba. Finalmente, resolvió dar un golpe decisivo á los rebeldes, ayudado de Alejandro Farnesio, el amigo de su juventud y su compañero en Lepanto. Era preciso que la corte de Madrid aprobase su plan y le facilitase los medios. Para conseguirlo envió á su favorito y confidente el secretario Escovedo. Este se presentó en Palacio, mas nunca logró ver al rey. Al notar la indiferencia con que era recibido y el desden de los palaciegos, comprendió la desgracia de su señor: pero haciendo el último esfuerzo penetró en el salon del ministro de Estado. Lo que pasó entre aquellos dos hombres nadie lo ha sabido, únicamente se dijo en la corte, que Escovedo, fuera de sí, al oír la palabra *rebelde* , y otras que se escaparon de boca del ministro, le desafió á que tanto él como el mismo rey probasen en público las odiosas calumnias que vertían en secreto de su señor, y que los dos se habían separado poseídos del mas vivo resentimiento.

Dos dias después, Escovedo que disponia el viaje para volverse con su señor y príncipe, fué encontrado en una calle de la corte cosido á puñaladas.

Don Juan recibió estas noticias el 20 de octubre de 1578, y el 25 todo el ejército consternado, seguía tambor batiente y armas á la funerala el féretro de su general.

Hacia siete años que en época semejante había triunfado en Lepanto.

LISTA DE LOS AGENTES

DE ESTE PERIODICO

AGENTE CENTRAL

PARA TODA LA COSTA DEL PACÍFICO,

E. U. de Colombia.—Henrique Lewis, Panama.

ISLA DE CUBA.

FRANCISCO JUSTINIANI, Habana.

JUAN ARADANO, MEJICO. Méjico.

B. C. BARRALES, Vera Cruz.

EDUARDO HERRERA, Vera Cruz.

SAN SALVADOR.

J. M. DORANTES, San Salvador.

J. M. VIVES, Santa Ana.

NICARAGUA.

P. G. ALVARADO, Leon.

F. GUZMAN, Granada.

HONDURAS.

C. R. FOLLIN, Omoa.

UGARTE HERMANOS, Tegucigalpa.

GUATEMALA.

EMILIO GOUBAUD, Guatemala.

COSTA RICA.

JOSE ZILAYA, San José.

ESTADOS UNIDOS DE COLOMBIA.

HENRIQUE LEWIS, Panamá.

F. RAMIREZ CASTRO, Bogotá.

BLAS AROSENA, Colon.

JOAQUIN VELEZ, Cartagena.

VENEZUELA.

J. F. GALINDO, Caracas.

INOCENCIO HERNANDEZ, Maracaybo.

J. A. SORRENTA, Puerto Cabello.

ANDRES MONTES, Ciudad Bolívar.

ECUADOR.

J. F. REEVE, Guayaquil.

BOLIVIA.

HENRIQUE HARRISON, Oruro.

SEVERO SORURO, Cochabamba.

PERU.

J. COLVILLE, Callao.

M. CRISANTO, Lambayeque.

SANT. T. MONTJOY, Taena.

FED. BASADRE, Paiza.

R. C. COLOMBUS, Paiza.

CHILE.

ROBERT STRUTHERS, Valparaíso.

BRAZIL.

R. CAIMARI, Rio Janeiro.

En los Estados Unidos.

CALIFORNIA.

J. STRATAMAN, San Francisco.

AGUSTIN TAUSENA, Santa Bárbara.

NUEVO MEXICO.

PEREA Y Ca., Santa Fé.

TEJAS.

PETITPAIN & LOPEZ, Brownsville.

E. STEIGER,

Agente de Periodicos Americanos y Europeos,

Importador y Librero, Publicador e Impresor,

17 & 19 North William Street,

NUEVA YORK.

Surtido de Libros Alemanes de todas clases.

Publicaciones baratas y Libros de Escuela.

AGENCIA ESPECIAL PARA LA

Coleccion de Autores Españoles

Publicada por BROCKHAUS en LEIPZIG.

AGENCIA GENERAL DEL

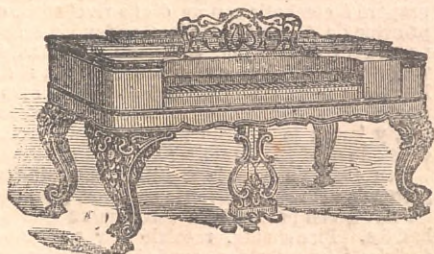
“Weser Zeitung,” “Koelnisch Zeitung”

Y otros Periódicos Alemanes.

Catálogos gratis.

CHICKERING & SONS PIANOS

De Pierna de Calzon, de Mesa y Verticales.



Sesenta y cinco premios de primera clase, medallas de oro y plata han obtenido nuestros pianos, siempre que se han presentado en competencia en las principales ferias de este país, y una medalla en la Exposición Universal de Londres adonde los mejores constructores de Europa mandaron sus pianos.

La superioridad de estos pianos lo prueba abundantemente el sin número de cartas y testimonios los mas satisfactorios que llegan diariamente a nuestras manos de los principales fabricantes de pianos, y los primeros pianistas de Europa entre los cuales mencionaremos:

Mr. H. & T. Broadwood, de la Sociedad Broadwood & Sons, de Londres.

Mr. C. D. Collard, firm of Collard & Collard, London.	Carl Reinecke,
Mlle. A. Goddard,	W. Kuhe,
Ohas. Halle,	S. A. Chappel,
Jules Benedict,	ene Farvarger,
James M. Wehli,	Lindsay Sloper,
G. A. Osborne,	Sydney Smith,
M. W. Balfe,	Brinley Richards,
L. Moscheles,	Giulio Rigondi,
Alfred Jaell,	Y. Von Arnold,
J. L. Hatton,	Louis Plaidy, y muchos otros.

PIANOS DE PIERNA DE CALZON, DE MESA Y VERTICALES CON PUENTE COMPLETO, TRES UNISONOS Y DEMAS MEJORAS MODERNAS.

Cada instrumento hecho por nosotros está completamente garantizado.

ALMACEN:

No. 652 BROADWAY, Nueva York.

WASHINGTON St., No. 246 Boston.

Tienen agentes autorizados en todas las principales ciudades de la Union.

MATERIALES FOTOGRAFICOS.

ESTEREOSCOPOS.

VISTAS Y ALBUMS FOTOGRAFICOS.

El Establecimiento MAS GRANDE EN SU LINEA en todo el Mundo.

E. & H. T. ANTHONY & CO.,

501 Broadway,
NUEVA YORK.

COLECCION

DE

RELACIONES Y DOCUMENTOS

RAROS Y ORIGINALES

RELATIVOS AL

Descubrimiento y a la Conquista de America

SACADOS PRINCIPALMENTE DE LOS ARCHIVOS ESPAÑOLES.

Publicados en su Texto Original

CON TRADUCCIONES, NOTAS ACLARATORIAS, MAPAS Y RESEÑAS BIOGRAFICAS,

POR E. G. SQUIER, M.A. F.S.A.,

Miembro de la Sociedad de Anticuarios de Francia; de la Real Sociedad de Anticuarios de Dinamarca; del Instituto Arqueológico de la Gran Bretaña; de la Sociedad Etnológica Americana, etc., etc.

El No. 1, con traduccion en ingles y un mapa, está ya de venta, impreso 4o menor, en tipo antiguo y en papel excelente; y contiene:

Carta dirigida al Rey de España por el Dr. Don Diego de Palacios, Oidor de la Real Audiencia de Guatemala, año 1576.

Se ha impreso ahora por la primera vez en su texto original y la acompaña una traduccion inglesa. Contiene la mas antigua relacion de las Ruinas de Copan. Las visitó Palacios quien las encontró despues del Descubrimiento, casi en su condicion actual. Sus observaciones sobre los indios, su idioma, sus usos y costumbres son muy detalladas y exactas.

El número consta de 130 páginas. Precio, mandado por el correo ó por otro conducto \$5.

El No. 2, Monografía de autores que han escrito sobre las lenguas de la América Central y recogido Vocabularios ó Compuesto libros en los dialectos nativos de ese país.

Este número consta de 70 páginas. Precio \$3. Los que deseen suscribirse pueden acudir a la oficina de LA ILUSTRACION AMERICANA.

537 Pearl Street, Nueva York.

REAL LOTERIA DE LA HABANA.

SORTEO DE 9 DE OCTUBRE DE 1866.

No. 12,315	premiado en	\$100,000
No. 30,979	"	50,000
No. 16,138	"	25,000
No. 12,175	"	10,000
No. 16,472	"	5,000
No. 17,373	"	5,000

Estos son los mayores premios. Los premios se pagan en oro. Se dan informes. Se pagan los premios mas altos por las onzas de oro ó moneda de plata.

TAYLOR & Co., Banqueros, 16 Wall St. N. Y.



El sastre Bright entallándole un Traje Yankee al jóven Sr. Bull.

EL SASTRE.—Oíerto, mi jóven amigo, si pudieras verte, te sorprenderias del cambio.

PARA CURAR

Las Enfermedades del ESTOMAGO Y LOS RIÑONES, EL REUMATISMO, LA HIDROPEZIA, LA GOTA, LA PIEDRA, y todos los desarreglos que proceden de los excesos é imprudencias,

Usese el Extracto de Bucku DE SMOLANDERO,

Que venden B. F. STEPHENS, O'Reilly No. 42, Habana, y todos los boticarios en general; BURLEIGH & ROGERS, Boston, Mass., Agentes Generales por el propietario, E. de los U. E.

MAQUINAS DE COSER

DE

GROVER Y BAKER

495 BROADWAY, N. Y.

Son las que han obtenido el premio mayor por

La Elasticidad y Fortaleza de su Puntada.

NOTICIA!

MAQUINAS DE COSER DE

EMPIRE LOCK STICH,

LAS ULTIMAS MEJORAS CON PRIVILEGIO.



No tienen igual en el trabajo, en la facilidad de manejarse, en su fortaleza, en su sencillez, en el poco ruido que hacen y en la belleza de su construccion. A los Agentes que compren para exportar se les hace una gran rebaja.

Dirijirse á EMPIRE SEWING MACHINE Co.

616 Broadway, New York.

NO MAS SARPULLIDO.

SE ACABO LA SARNA.

El Unguento de Wheaton

Los cura en 48 horas.

Tambien cura Tíña, Ulceras, Sabañones y todas las Erupciones cutáneas.—Precio 50 centavos. Se vende en todas las Boticas.

A las personas que remitan 60 centavos á WEEKS & POTTER, únicos Agentes, 170 Washington St., Boston, se les enviará una cajita por el correo, á cualquier parte de los Estados Unidos.



AVENTURA DE UN JÓVEN CON UN ÁGUILA.—PÁG. 171.

LA MAQUINA DE LAVAR Y EXPRIMIDOR LA UNION



Obtuvo la primera medalla en las Exposiciones de Europa y América.—Garantizada.—Lava perfectamente sin necesidad de remojar, restregar, machacar ó hervir. Los Exprimidores se adaptan á toda clase de tinajas, y es lo mejor que se conoce. Se usan en los hoteles, conventos y en las casas particulares.

J. WARD & Co.,

23 Cortland Street, Nueva York.

ESCUELA DE SEÑORITAS,

Dirigida por Madama C. MEARS,

Situada en la Avenida de Madison, No. 224, ciudad de NUEVA YORK.

Se enseña inglés, francés y español y se admiten pupilas y medio pupilas. Las clases principian desde el 2 de setiembre y continúan abiertas hasta el 1 de julio.

El que desee informes sobre esta Academia, puede dirigirse á los señores

IZNAGA DEL VALLE y Ca.

En esta ciudad.

METROPOLITAN HOTEL

NUEVA YORK.

S. LELAND & CA.

Propietarios.

E. STEIGER,

Agente de Periódicos Americanos y Europeos,

Importador y Librero, Publicador e Impresor,

17 & 19 North William Street,

NUEVA YORK.

Surtido de Libros Alemanes de todas clases.

Publicaciones baratas y Libros de Escuela.

AGENCIA ESPECIAL PARA LA

Coleccion de Autores Españoles.

Publicada por BROCKHAUS en LEIPZIG.

AGENCIA GENERAL DEL

"Weser Zeitung," "Koelnisch Zeitung"

Y otros Periódicos Alemanes.

Catálogos gratis.

PALMER & Co.,

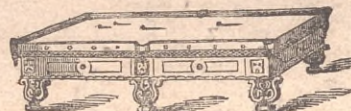
FABRICANTES DE

TINTA DE IMPRIMIR.

327 Pearl Street., Edificio de Harper, NUEVA YORK.

Tintas de imprimir de todas clases de la mas superior calidad. Tienen constantemente en su establecimiento un buen surtido, para llenar con prontitud las órdenes á precios muy bajos.

Mesas de Billar Americanas de primer orden.



Y COMBINACION DE COJINES.

aprobadas y adoptadas por el Congreso de los aficionados al billar. Son las mejores y únicas en su clase que se manufacturan en el país. Todo lo concerniente á artículos de billar, como son tacos, bolas, etc., se hallarán de venta en el almacén de los señores

PHILAN & COLLENDER,

Nos. 63, 65, 67 y 69 calle de Crosby, Nueva York.

COMPANIA AMERICANA

DE

BILLETES DE BANCO

OFICINA PRINCIPAL,

No. 142 BROADWAY.

Esquina a Liberty Street, NUEVA YORK.

SUCURSALES EN

Boston, Filadelfia, Cincinnati, Nueva Orleans y Montreal.

Graba Billetes de Banco, Bonos de Corporaciones y Gobiernos, Libramientos, Certificados, Sellos de Correo y Renta, Y toda clase de Vales y Documentos.

Todos en el estilo mas fino y elegante y con los requisitos para evitar la falsificación.

JNO. E. GAVIT, Presidente.

A. G. GOODALL, Vice-Presidente.

NEZIAH WRIGHT, Tesorero.

C. L. VANZANDT, Secretario.

E. A. VASQUEZ,

CORTADOR

De los Señores BROOKS Bros.,

Sastres,

464 Broadway, New York

DEGRAAF Y TAYLOR,

87 y 89 Bowery, Nueva York.

Poseen aun un grande y variado surtido de muebles de sala y comedor, lo mismo que camas de todas clases. Es el establecimiento que mas puede satisfacer las necesidades del mercado en los Estados Unidos. Venden por mayor y menor á precios ínfimos.